

parecia que saliendo de allí, se libertaba del horrible compromiso en que se veía metido.

Pero al abrir la puerta se encontró delante al tío Manolillo.

Entre él y el bufon, creyó el cocinero ver levantarse los dos palos rojos de la horca, y se decidió á hacer todo lo que quisiese con tal de no verse colgado de aquel patíbulo horrible.

La fatalidad arrastraba á Montño.

—¿Estais dispuesto? le dijo el bufon.

—Si, si señor, estoy dispuesto á todo.

—Pues vamos adonde sea necesario ir.

—Es necesario comprar cacerolas, vasijas; todo lo indispensable para preparar la vianda que quiere Dorotea.

—Vamos, pues.

No habia pasado una hora, cuando Montño, ayudado por el bufon, guisaba sin mandil y sin gorro, sin mas oficial ni galopin que el tío Manolillo, en la cocina de una casa deshabitada.

Eran las dos de la tarde.

A cada momento llegaban mozos cargados de muebles, de alfombras, de cuadros, y un tapicero se ocupaba en adornar á toda prisa un inmenso salon, en aquella misma casa.

CAPITULO LXXVII.

En que se siguen relatando los estupendos acontecimientos de esta verdadera historia.

Era ya cerca del oscurecer.

En dos bufetes, (asi se llamaban en aquellos tiempos una especie de mesas aparadoras), se veian puestos en tres filas como hasta dos docenas de platos, conteniendo una riquisima variedad de manjares.

Sentado á un lado de la cocina, limpiándose el sudor que corria en abundancia por su frente y mirando con cierta vanidad inevitable á pesar de la situacion, su magnífica merienda, perfectamente arreglada, estaba el cocinero mayor.

Al otro lado, arreglando sobre otros dos bufetes una magnífica vajilla de plata, y un no menos rico y bello juego de cristal, estaba el tio Manolillo, ceñudo y taciturno.

Ninguno de los dos hablaba una palabra.

Pero como oscureció hasta el punto de que ya no se veia en la cocina, el bufon dijo al cocinero como pudiera haberlo dicho á un criado:

—Encended una luz.

—Dejad, dejad que descanse un tanto, tio Manolillo, contestó humildemente el cocinero: acabo de sentarme y estoy rendido: nunca he trabajado tanto: es cierto que las confituras y los ojaldrés y las empanadas se han traído de fuera, pero así y todo, he hecho más de doce pla-

tillos en tres horas, y buenos todos, y sin oficiales, ni aun siquiera galopines. Solo yo podria hacer otro tanto: ¡qué día! ¡qué día, señor!

—Despues descensareis, dijo el bufon: pero antes, concluyamos; encended, encended luz.

—¿Pues qué? ¿no hemos concluido? dijo el cocinero levantándose.

—Yo creo que no.

—Pues yo creo que si, dijo el cocinero mientras encendia una tras otra seis bujías que puso sobre los bufetes.

—¿No os ha hablado Dorotea de cierta confitura que ha de ir á la mesa, señalada con un lazo de seda negro y rojo?

Montiño se estremeció todo: sus ojos erraron vagos, atónitos, espantados, sin fijarse en ningun objeto.

—El lazo está aquí, dijo tomando un papel ahuecado de un aparador el tio Manolillo, y muy bello por cierto: como que me ha costado tres reales, á pesar de ser una quisicosa: mirad, mirad, Montiño: ¿no es verdad que es muy bello?

Y desenvolvió el papel y mostró al cocinero un precioso lazo de seda.

Montiño miró y apartó instintivamente los ojos del terrible lazo.

—Ademas, dijo el tio Manolillo, tomando otro papel mas abultado: aquí hay otra porcion de lazos: blancos, verdes, azules, dorados: adornad ese plato de confituras, Montiño, que esté vistoso: vamos, que se pasa el tiempo.

Montiño se acercó á uno de los bufetes, tomó un plato de frutas enconfitadas, y lentamente, pálido, convulso, fue poniendo á cada dulce, un lazo, un adorno, una flor, que tambien las habia.

Quedaba únicamente por poner el lazo negro y rojo.

Montiño le tomó con la estremidad de los dedos, con el mismo horror que si hubiera sido un reptil ponzoñoso.

—Esperad, esperad, dijo el tio Manolillo: voy á daros la confitura que debeis adornar con ese lazo: es una pera bergamota; una hermosa pera: tomad.

Y desenvolvió de un papel que tomó de sobre una mesa una magnífica pera enconfitada.

Montiño tomó la pera con la misma repugnancia que habia tomado el lazo, y fué á adornarla con él.

—Esperad, esperad, Montiño, dijo el tio Manolillo: aun falta algo á esa pera.

—¡ Por Dios ! ¡ Por su Santísima Madre ! ¡ Por todos los santos y santas del cielo ! ¡ No me obligéis á ser asesino ! exclamó el cocinero juntando las manos y llorando.

—Bien ; no lo hagais : todo se reduce á que desde aquí mismo os lleve yo á la cárcel.

—Pues bien : dijo Montiño desesperado , no soy yo el asesino , sino vos , vos que me obligais á elegir entre mi vida y la de otro : yo juro á Dios...

—Acabad , que lugar tendreis de jurar despues.

—Pues bien , sea ; dijo el cocinero metiendo su mano derecha de una manera violenta y nerviosa en el bolsillo derecho de sus gregüescos : que Dios tenga piedad de la criatura que va á morir.

Y sacó un papel ajado y le desenvolvió.

—¡ Cuidado ! ¡ cuidado con lo que haceis ! no vaya á caer el tósigo en algun otro plato , dijo el bufon dando la confitura al cocinero y apartándole del bufete donde los otros platos estaban servidos. Hacedlo aquí.

—Ni veo , ni sé lo que me hago , dijo el cocinero mirando con terror los polvos rojizos que contenia el papel.

—Pues ved de ver , dijo el bufon.

—¿ Y cómo pongo yo esto en la pera ? dijo Montiño cuya voz aterrada por el miedo , apenas se oia.

—Introducíd el veneno con la punta de un cuchillo.

Montiño se dominó , tomó la pera , y con un cuchillo la hizo una hendidura. Luego , con una agonía infinita , llorando , rezando , estremeciéndose todo , tomó de aquellos polvos con la punta del cuchillo ; é introdujo otra vez la punta en la hendidura. El bufon le hizo repetir esta operacion tres veces consecutivas.

Una gran cantidad de los polvos habia sido introducida en la pera.

—Ahora podeis ponerla ese lazo , dijo el tio Manolillo.

Montiño puso en la pera el lazo rojo y negro.

Tomó la pera el bufon , y colocándola sobre una hoja de parra contrachecha , para aislarla , la puso sobre las otras confituras.

—Ahora podeis descansar cuanto querais , dijo el bufon.

—No , no señor , dijo el cocinero mayor ; lo que yo quiero es irme de aquí ; irme muy lejos de aquí , porque aquí tengo mucho miedo , porque me muero aquí ; porque creo que se me va á caer encima esta maldita casa. ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio !

Y se echó estrepitosamente á llorar.

El tío Manolillo cantaba entretanto entre dientes y mientras acababa de arreglar la vajilla, una canción picaresca.

Pero había algo de horrible en el acento y en el canto del bufón.

—¿Dónde están mi capa, mi sombrero, mi espada y mi daga? dijo Montiño, que buscaba por todos los rincones.

—¿Cómo? ¿os empeñais en iros?

—Os juro que no me quedo aquí si no me matais.

—Es que yo tengo que salir y quisiera que no se quedara la casa abandonada.

—Es que si he de quedarme solo, no me quedo.

—Y bien mirado, dijo el tío Manolillo, como hablando consigo mismo; ¿para qué quiero yo á este aquí? ¿para que cometa alguna imprudencia? Vamos, vamos Montiño: saldremos juntos. Afuera están vuestras prendas.

Y tomando una bujía salió de la cocina.

En la pieza inmediata encontró el cocinero mayor su capa, su sombrero y sus armas.

Púsoselos como pudo, y siguió al tío Manolillo que no se había detenido.

Cuando estuvieron en el piso bajo, el bufón dejó la bujía en el patio, entró en el oscuro zaguán y abrió la puerta.

Montiño escapó con la misma rapidez y el mismo sobresalto conque escapa un pájaro á quien abren la jaula.

Y sin detenerse, sin volver la cara atrás, temeroso de ser cogido de nuevo, no paró de correr hasta que dobló tres esquinas.

Entonces se detuvo y escuchó con atención.

Nada se oía mas que el rumor monótono y sostenido de la lluvia, porque seguía lloviendo, y el zumbido del viento pesado y fuerte á lo largo de las estrechas calles.

Miró y tampoco vió nada porque la noche era oscura.

Montiño no podía apreciar en donde estaba precisamente, porque había salido de la casa tan azorado, que no sabía si había tomado hacia la derecha ó hacia la izquierda.

Y tal era el miedo, tal la preocupación del menguado cocinero, que no se le ocurrió orientarse, ni otra cosa mas que seguir adelante, y aun esto no se le ocurrió, sino que lo hizo maquinalmente.

Y siguió, siguió torciendo esquinas á la ventura, empapándose en agua, tropezando aquí, resbalando allá, sin encontrar ningún transeunte, sino de tiempo en tiempo y aun así sin reparar en él.

No se habia atrevido á desenvainar la daga, porque temia no le aconteciese otra negra aventura como la que creia haberle acontecido la noche anterior: esto es: matar á un hombre entre lo oscuro, sin voluntad alguna de matarle.

Y siguió, siguió andando con paso tan rápido, que se cansó al fin y se sentó en el escalon de una puerta.

Y allí, encogido, temblando á un mismo tiempo de frío y de miedo, se puso á llorar sin saber por qué lloraba, porque el pobre cocinero mayor en aquellos momentos habia perdido la conciencia de todo.

Pero pasó algun tiempo, y con el frío de la noche, con la lluvia, con el viento, afectado de una manera esterna, fue volviendo al uso de sus facultades, recordando, apreciando su situacion.

Entonces, no estando sujeto á la influencia próxima del tio Manolillo, la conciencia del cocinero se rebeló contra lo que habia hecho, operóse en su alma una reaccion poderosa, y se levantó como al impulso de un sacudimiento galvánico.

—¡Ah, Dios mio! ¡Dios mio! exclamó: ¡no ha sido un sueño, no! ¡no ha sido una pesadilla! ¡ha sido una verdad horrible! yo he cedido de miedo: de miedo por aquellos terribles secretos del duque de Lerma, que posee ese miserable, ese infame Manolillo! ¡y por mi miedo va á morir una criatura humana, y yo me condenaré! No, no: es necesario evitar... es necesario correr... avisar... ¿y á quién? á la justicia... porque... ¿qué sé yo á quien quieren matar...?

El cocinero adelantó algunos pasos.

—Pero Dios mio, dijo al fin: ¿dónde estoy yo? he venido hasta aqui sin saber por donde he venido, y no pasa nadie, y la noche está oscura como boca de lobo.

En aquel momento y como contestando á la pregunta del cocinero, traído por el viento, llegó hasta él el sonido de un reloj cercano.

—¡Dios mio! exclamó Montño: es el reloj de Nuestra Señora de Atocha. Me he perdido; estoy de extremo á extremo de palacio y son las nueve de la noche. Cuando yo sali de aquella maldita casa debian ser cuando mas, las siete. En dos horas ha habido tiempo para que se cometa el crimen. Pero, ¡ah! Dios, sin duda, me ha traído aqui, cerca del padre Aliaga, que puede impedir el crimen, que yo le revelaré bajo secreto de confesion, y que tiene mucho ingenio y sabrá sacarme del paso sin comprometerme: y no hay que perder tiempo: ¡no, Dios mio, no!

Y siguió adelante, guiado ya por la pendiente de la calle de Atocha y casi á la carrera.

Cinco minutos despues tiraba de la cuerda de la campana de la puerta del convento, y pedia al portero ver al padre Aliaga de órden del rey.

Inmediatamente fue introducido.

El padre Aliaga sentado delante de su mesa, ceñudo y sombrío, pensaba mas que leía sobre un libro.

Al ruido de los pasos del cocinero mayor, levantó la cabeza.

Al ver el aspecto de Montño, su palidez singular, su temblor, y, sobre todo, la estraña é insensata mirada de sus ojos, se estremeció instintivamente, porque al ver el aspecto del cocinero, habia creído ver el presagio de una desgracia.

—¿Qué sucede? dijo cerrando el libro y levantándose.

—Sucede, que va á suceder un horrible crimen, si no ha sucedido ya.

—¿Un crimen?

—Si señor, un crimen.

—¿Y por qué no habeis ido á la justicia, en vez de venir á mí?

—Porque... porque... yo no revelaré ese crimen sino bajo sigilo de confesion.

—¿Pero no decís que va á cometerse sino se ha cometido? urge, pues, el impedirlo.

—Por lo mismo, seguidme, señor, seguidme y por el camino os haré mi confesion.

—Vamos, dijo el padre Aliaga tomando su manteo y su sombrero y saliendo sin avisar á nadie, de su celda, con Montño.

Cuando el portero vió salir no menos que á su señoría ilustrísima el inquisidor general fray Luis de Aliaga, de noche, á tal hora y con tal prisa, y á pié con un hombre que habia entrado en el convento trayendo órdenes del rey, no pudo menos de maravillarse y santiguarse porque aquello era verdaderamente estraordinario.

—Empezad, empezad, pues, dijo el padre Aliaga, y sobre todo, sepamos á dónde me llevais.

—A la calle de Don Pedro.

—Nos perderemos: está la noche muy oscura y nos hemos olvidado de tomar una linterna; esa calle está lejos. Volvamos al convento, y proveámonos de luz.

—No podemos perder ni un instante, señor; acaso ya no sea tiempo

de impedir el crimen: es necesario ir de prisa. Asios á mi brazo, que seguro estoy de no perderme: toda la calle de Atocha arriba, á la calle de la Magdalena, la de la Merced, la del duque de Alba, la de Toledo, la plaza de la Cebada y la calle de don Pedro: iria con los ojos vendados.

—Pues bien; vamos, y apresurémonos, dijo el padre Aliaga recogiendo con una mano los hábitos y asiéndose con otra del brazo de Montiño: empezad, pues, os escucho, añadió el religioso.

—Advierto á vuesañoría que no le revelo nada sino bajo sigilo de confesion.

—Os prometo el sigilo por lo que respecta á vuestra persona, *in verbo sacerdotis*.

—¡Cómo!

—Bajo palabra de sacerdote.

Entonces, y con esta seguridad, Montiño se persignó y rezó apresuradamente la confesion general.

Despues dijo:

—Hace dos horas envenené una confitura que ha de servirse en una merienda.

Y apenas pronunciadas estas palabras, Montiño rompió á llorar.

El padre Aliaga se detuvo de repente y oprimiendo el brazo de Montiño, hasta el punto de hacerle gritar de dolor y de mieda, y convirtiéndose de fraile en hombre, y en hombre enérgico y terrible, exclamó sacudiendo con furia al cocinero y con voz concentrada, espantosa:

—¡Miserable! ¡habeis envenenado un manjar que debe comer una criatura de Dios!

Montiño tembló de los piés á la cabeza, vaciló y cayó de rodillas sobre el suelo encharcado murmurando:

—¡Ah! ¡perdon! ¡perdon, señor! exclamó: me aterraron... el tio Manolillo...

—¡El tio Manolillo...! ¡el bufon del rey! exclamó aumentando en severidad el padre Aliaga: ¡pero, levantaos y seguid! ¡sigamos, corriendo, volando, si pudiéramos! ¡llevadme al lugar donde esa criatura va á morir, donde está muriendo acaso!

El cocinero, que hacia ya mucho tiempo no era otra cosa que una máquina que se movia á voluntad de la potencia que tenia al lado, se levantó y dió á correr, temblando, llorando y rezando todo á un tiempo.

El padre Aliaga, levantándose los hábitos, asido del brazo de Montiño corria tambien.

—¿Y quién es la persona á quien mata el tío Manolillo? dijo el padre Aliaga.

—¡No lo sé, no lo sé! contestó todo gemibundo y miedoso Montiño.

—¡Cómo! ¿No os ha dicho el tío Manolillo...?

—No, ni la Dorotea tampoco.

—¿Qué decis de la Dorotea?

—La Dorotea ha sido la que me ha mandado envenenar un dulce... guisar una merienda...

—¡La Dorotea...! ¡Dios mio! ¡corred, corred! ¡que la Dorotea quiere envenenar á una persona...! ¡y no os ha dicho el nombre de esa persona...!

—No, no señor.

—Si fuera por acaso don Juan Tellez Giron.

—¿Mi supuesto sobrino?

—Si, si: él ha pasado hasta ahora por sobrino vuestro... la Dorotea le ama... le ama con toda su alma...

—Si, si señor.

—Y pudiera suceder tambien que no sea á don Juan á quien se quiere matar... sino á su mujer... doña Clara Soldevilla...

—¡Dios mio!

—¡Corramos! ¡corramos! y callemos, que las palabras nos fatigan y retrasan nuestra marcha.

Y siguieron corriendo sin hablar ya, sin escucharse mas que de tiempo en tiempo alguna exclamación angustiosa del cocinero.

Y así, sin encontrar á nadie, bajo la lluvia, azotados por el viento, llegaron en muy poco tiempo á la calle de don Pedro.

Pero al entrar en ella, oyeron dos voces irritadas, ruido de aceros que se chocaban, y á poco un grito de agonía, tras el cual no se volvió á oír el choque del acero.

Montiño se detuvo, pero el padre Aliaga tiró violentamente de él y le arrastró hácia un lugar donde resonaban grandes golpes á la puerta de una casa.

CAPITULO LXXVIII.

Del medio extraño de que se valió Quevedo para saltarse de la prision en que le habia puesto el amor de la condesa de Lemos.

Dejamos al final del capitulo LXX á Quevedo y á la condesa de Lemos en un magnifico salon de una quinta, y sentados á una mesa admirablemente servida.

El moreno y hermosísimo semblante de la condesa, estaba embellecido por el color febril de una escitacion estraña: el amor, pero un amor lastimado, ofendido, receloso, entumecia sus ojos fijos en Quevedo.

Su morvida garganta se hinchaba hasta el punto de que parecia no poderla contener la gargantilla de gruesas perlas, con broche de diamantes, que la ceñia, y la magnifica cruz que pendia de esta gargantilla, se levantaba y descendia á impulsos de la continua dilatacion y compension del casi desnudo seno de doña Catalina; sus hermosas manos cuajadas de cintillas, y sus brazos que dejaban descubiertos hasta la mitad, entre encages de flandes, las anchas mangas de su rico traje de brocado blanco, temblaban al hacer el plato á Quevedo.

Este, por su parte, tenia fija una mirada atónita, ardiente, asombrada, en la condesa.

Nunca la habia visto, ni aun la habia soñado, tan hermosa.

Y era porque todo se combinaba aquella noche en la condesa, para aumentar su hermosura.

El estado de su alma, su voluntarioso amor por Quevedo, la manera

como, pensando en seducirle, en deslumbrarle, se habia ataviado, todo lo cual la hacia resplandeciente, y luego el carácter particular de aquella aventura, en que una mujer enamorada lo arrostraba todo, la deshonra, y acaso la muerte, por el amor de un hombre, daban á la condesa un poderio terrible, tratándose de un hombre tan sensual y tan espiritual á un tiempo como Quevedo, que se sentia halagado por completo, en los sentidos, en el alma y en el orgullo por aquella mujer, toda hermosura, toda alma, toda voluptuosidad, toda deseo, para él y solo por él.

Y ademas, hasta la vanidad de Quevedo, que tambien tenia vanidad, estaba halagada, y su buen gusto, que le tenia exquisito, estaba satisfecho.

Todo lo que le rodeaba era magnifico, rico y bello: desde el techo de madera ensamblada, pintada y dorada, hasta el pavimento, cubierto de una alfombra de terciopelo; las tapicerías, los cuadros, los cortinages, los muebles, las arañas de cristal de Venecia, los espejos con marcos de plata cincelada, las mesas cargadas de bujerías preciosas, aquella otra mesa con riquísimos manjares servidos en vajilla de oro, y lo que alegraba la malicia de Quevedo, con el escudo de armas cincelado de la casa de Lemos, las viandas exquisitas, los transparentes y limpidos vinos generosos en costosas y raras cristalerías; el fausto, el brillo, la nobleza por todas partes, y en medio de esto, viviendo para él solo, hermosa para él solo, enamorada para él solo, una mujer engalanada con un tesoro de joyas y de alhajas, semejante á un sueño, noble por su cuna, distinguida por su talento, envidiada por hermosa y esquiva, sensible, poética, valiente, obstinada, en lucha con él, todo esto mareaba á Quevedo, le aturdió, le adormecía, le fascinaba.

Y la mirada de la condesa, que continuamente pasaba de los ojos de Quevedo, á un bello pórtico dorado y misterioso, á cuyo interior servia de telon una cortina de encages... Quevedo tuvo necesidad de afirmarse, por decirlo así en los estrivos y acordarse de su porvenir: sobreponerle en grandeza, en gozes, en belleza, á aquel su bellísimo presente, para poder luchar con alguna esperanza de triunfo con la condesa.

Se encontraba en el alcázar mágico de una encantadora.

—Cuando hayamos dado un enorme escándalo, dijo la condesa sirviendo un plato á Quevedo y haciéndole la copa; cuando sin temor á nadie ni á nada, seamos yo tuya y tu mio; cuando nuestro nido de amor sea mas hermoso y mas rico que este; cuando nos rodee una familia tuya y mia...

— Dios nos libre de bastardos... dijo Quevedo mascando á dos carrillos y tomando una copa de oro rebosando de vino. Un bastardo tiene la culpa de que nos suceda lo que no debia sucedernos...

— ¡Qué! ¿te pesa... don Francisco...?

— Pesárame por tí... ¿pero qué digo pesarme...? bebe, Catalina, luz de mis ojos, bebe... embriaguémonos... olvidémonos de todo... pidamos á Dios que disponga como nos conviene de mi señor el conde de Lemos.

— ¡Qué! ¿serías tú capaz...?

— Yo... ¡eh! ¡de qué he de ser yo capaz...! abriría yo de buena gana, que bien lo merece, al alma torcida del conde, puerta bastante para que se escapase del cuerpo, sino hubiera de perderte...

— ¡Ah! si... si... yo estoy loca... tan desesperada estoy que si tú fueras otro hombre, no sé á dónde me llevaría mi locura; pero si tú fueras capaz de una infamia... yo no te amaría...

— Dios nos libre de espectros, como de bastardos... los unos y los otros acaban por pesar mucho... no pensemos en echar peso sobre nuestra conciencia. Pero... ¡no bebas luz de mis ojos!

— No... me basta con la embriaguez de mi amor: ya que he perdido el corazón, no quiero perder la cabeza. Resignate á ser mio, y no esperes escapar por ningun medio: te tengo, y no te he de soltar tan pronto.

— Hablemos con juicio, Catalina mia.

— ¡Juicio...! no sé si lo he tenido alguna vez; pero ahora solo tengo amor y miedo de que te me vayas.

— No puedo irme: aunque estuviésemos separados, aunque tu, lo que Dios no permita, murieses, yo no me vería libre: tu memoria... la memoria de mi felicidad perdida, de mi corazón muerto...

— ¡Ah! ¡don Francisco! ¡por qué antes no nos comprendimos!

— El hombre es necio é insensato; necesita ver lo suyo en manos de otro, para conocer que era suyo lo que le han robado... ¡oh! ¡si yo hubiera sido menos necio! ¡sino hubiera mirado en tí á tu padre...! porque en fin, ¿qué tiene que ver tu padre contigo? ni tu hermosura ni tu alma, las has heredado de él; te las ha dado Dios... yo... desde mis primeros años he vivido soñando: y aun sueño... aun sueño...

Las dos últimas palabras de Quevedo fueron sombrías.

Después de pronunciarlas, inclinó la cabeza sobre el pecho, é instantáneamente la levantó, dejando ver en sus enormes y poderosos ojos negros una espresion de soberbia y de blasfemia tales que aterraron á doña Catalina.

—¡ Oh ! ¡ qué soy yo para tí ! dijo la jóven comprendiendo la mirada de Quevedo.

—Tú... ¿ qué puedes ser tú , Catalina ? Tú puedes ser y eres mi diablo amor.

—¡ Oh ! ¡ y qué palabras !

—Creo que he nacido maldito , Catalina , continuó Quevedo.

—Tú quieres asustarme.

—No... respondió Quevedo con voz vibrante : las palabras que te digo , se me salen á borbotones del corazon. Escúchame , Catalina : tú eres la única mujer nacida para mí : tú... tú tienes todo lo que yo he soñado en la mujer... ya lo ves , te estoy hablando frío y desnudo como si hablara conmigo mismo. Oye , Catalina : yo necesito dominar , dominarlo todo , porque desprecio todo lo que me rodea , todo menos á tí , que eres mi mujer como yo tu hombre... ¿ entiendes... ? hay en mí algo rebelde , algo de Satanás... yo marchó , marchó y sigo marchando sin detenerme , la vista fija en un puuto , la cabeza firme en un propósito... ¿ por qué te me pones delante de ese propósito ? ¿ por qué me has obligado á huir , á ofenderte ?

Quevedo miraba de hito en hito á doña Catalina , que de hito en hito le miraba tambien.

Entrambos estaban transfigurados , fuera de sus condiciones ordinarias.

El rostro , la mirada , la actitud de Quevedo eran terribles : no era el mismo hombre que doña Catalina conocia ; hasta su lenguaje , aquel lenguaje artificial , tan usado por él , habia desaparecido.

Y era que doña Catalina , verdad para él , le arrastraba con su influencia , le llevaba por el camino de la verdad.

—Creo que yo te puedo servir de algo , don Francisco , dijo la condesa dejando su asiento , dando vuelta á la mesa , rodeando con un brazo el cuello de Quevedo y asiendo una de sus manos.

—Ahora de mucho , de todo , Catalina mia ; dijo Quevedo rodeando la cintura de la condesa que se estremeció.

—Cuéntame conmigo.

—Cuidado con lo que ofreces , dijo Quevedo.

—Todo cuanto yo pueda , es tuyo.

—¿ La ambicion de tu padre... ?

—Si...

—¿ La vida de tu esposo... ?

—Sí , y cien veces sí.

Pasó algo terrible, inmenso, doloroso por su alma de Quevedo, esto es, por sus ojos.

La condesa no vió aquella mirada breve y rápida, pero sombría, que pasó como un relámpago.

Si la hubiera visto, se hubiera asustado.

Quevedo empezaba á cobrar miedo á la condesa.

Era demasiado enérgica, demasiado terrible.

Quevedo vió de un golpe que doña Catalina podía ser el obstáculo perenne de su vida.

Tanto amor y tan ciego, y en una mujer tan ardiente y con tanto ingenio como doña Catalina, era respetable, mas que respetable, terrible.

Quevedo llegó á temer si habia mas que amor en doña Catalina hácia él.

Si la ambicion la impulsaba á recurrir á él por una poderosa simpatía.

Serenó su semblante y atrayendo á sí con ambas manos la cabeza de la jóven, la dijo:

—¡Oh! y ¡cuán bien que brillaria sobre esta serena y noble frente una corona!

—Sí, una corona de mirto y rosas purpúreas, dijo doña Catalina sonriendo: una corona de amor.

Desconcertóse Quevedo: doña Catalina no tenia mas ambicion que su amor.

Si la ambicion de doña Catalina hubiera sido otra, Quevedo hubiera tenido esperanzas de dominarla.

Para con doña Catalina no habia otro dominio que el amor, y estaba escarmentada, recelosa.

—Dime, don Francisco, dijo doña Catalina sentándose sobre sus rodillas: ¿es cierto que tú sueñas grandezas...?

—¿Yo...?

—¿Qué porque las sueñas, te sirves de la soberbia y de la locura del duque de Osuna?

—El duque de Osuna es mi amigo.

—No: es tu criado.

—¡Catalina...!

—¿No has pensado nunca en el reino de Nápoles?

Quevedo miró profundamente á la jóven.

La jóven sonreía de una manera singular.

—¡Rey! dijo con acento hueco Quevedo. ¿Y qué es ser rey?

—Ser esclavo de un favorito, dijo la condesa: de modo que, si el duque de Osuna en vez de llamarse virey, se llamase rey de Nápoles, lo que no sería otra cosa que un reino mas perdido para el rey de España, el secretario del virey sería secretario del rey... y ¿quién sabe...?

—El duque de Lerma ha nacido para equivocarse, y nada mas que para equivocarse.

—¿Y qué tiene que ver mi padre...?

—Tú... no has sido tú quien ha pensado ese desvarío que me supones... lo has oido al duque de Lerma.

—Es que te he adivinado, don Francisco.

—¡Y bien! ¡qué! ¿si eso fuera cierto...?

—Entonces unamujer que ocupase un alto lugar en la córte de España, que supiese conspirar, que lo viese todo, que lo oyese todo y que te amase... sería tus piés y tu cabeza: podrias obrar aquí y allá... aprovechar las ocasiones propicias... ¿crees tú que yo puedo ser esa mujer?

—Sí.

—¿Crees tú que yo soy capaz de sacrificarlo todo por ti?

—Lo creo.

—¿Crees tú que sería capaz de doblar mi orgullo hasta el punto de ser dama de la duquesa de Osuna, si la duquesa llegase á ser reina?

—Sí.

—Y entonces ¿por qué quieres destrozarme el corazon abandonándome?

—Es que yo no te abandono, me ausento.

—Tu ausencia es la muerte de mi esperanza. ¡Dicen que son tan hermosas las napolitanas! ¿No has dejado allí ningun amor, don Francisco?

—No he amado á nadie mas que á ti: vírgen del alma, me has tenido y no me has dejado alma para otra mujer.

—Pues bien: no nos separaremos.

—Es urgente, necesario, que yo salga de aquí esta noche. No sé lo que ha sido del hijo bastardo del duque de Osuna.

—Yo lo sabré.

—Lo que yo puedo hacer por él no puede hacerlo nadie.

—¿Es decir, que tienes empeño de salir de aquí?

—Lo necesito: lo arriesgo todo si paso algunas horas sin correr al auxilio de don Juan.

—Pues bien, primero soy yo que nadie: no saldrás.

—Te aborreceré.

—Aunque me aborrezcas: ¿qué me importa si insistiendo en huir de aquí me pruebas que no me amas? para el hombre que ama, lo primero es la mujer de su amor.

Y doña Catalina se levantó irritada de sobre las rodillas de Quevedo.

—¿Con que, somos decididamente enemigos, dijo don Francisco?

—Aun hay un medio de entendernos.

—¿Cuál?

—Entre mis bienes dotales, tengo yo hacienda cerca de Nápoles.

—¡Oh! pues entonces...

—Si me pruebas que me amas, abandono á España, y con el pretexto de la salud, de mudar de aires, del deseo de ver aquellas posesiones mías, me voy contigo.

—No puedes dudar de mi amor.

—Necesito una prueba.

—¿Cuál?

—Permanece aquí, deja á mi cuidado el salvar á ese don Juan, y cuando esté en salvo, partiremos juntos.

—A don Juan no puede salvarle nadie mas que yo.

La condesa se irritó.

—Y bien, dijo: tú me desprecias; á nada te avienes, quieres verte libre de mí... quieres burlarme: que se pierda pues don Juan, piérdete tú y piérdame yo en buen hora... todo me importa nada.

—Malaya, amen, la primera mujer que vino al mundo, para producir mujeres, esclamó perdida ya la paciencia Quevedo.

—Malditas sean, dijo la condesa, si han nacido para ser tan desventuradas.

—Ello es necesario, señora, que yo salga de aquí, dijo Quevedo acabando de perder completamente la paciencia.

—Por lo mismo que tú quieres salir, yo no quiero que salgas y no saldrás.

—No me obligueis á cometer una villanía.

—Será necesario que me mates, y nada me importa morir: ¿no te he dicho que estoy desesperada?

—Hasta en amar me persigue la desventura, dijo Quevedo.

—Bien merece ser desventurado, quien no es capaz de amar.

Quevedo se puso á pasear á lo largo de la cámara: la condesa se sentó en un sillón, silenciosa y sombría, y quedó profundamente pensativa.

Pasó algun tiempo durante el que, ni ella ni él, hablaron una sola palabra.

De improviso se detuvo Quevedo.

—Paréceme que se acerca alguien, dijo.

La condesa se puso sobresaltada de pié.

—Y bien, ¿qué me importa? dijo dominándose y sentándose de nuevo: sea quien quiera, nada me importa.

—Pues no, dijo Quevedo: oye, se acercan... llaman.

La condesa volvió á ponerse de pié.

Llamaron por segunda y tercera vez con insistencia, y se oyó una voz de mujer que dijo recatadamente detrás de la puerta:

—¡Señora! ¡señora! ¡por amor de Dios! ¡oid, si no quereis que suceda una desdicha!

La condesa se acercó á la puerta.

—¿Qué sucede, Josefina? dijo.

—El señor conde de Lemos acaba de llegar á la quinta y pregunta por vucencia.

—¡Ah! ¡mi marido! dijo la condesa.

—¡Tu marido! vé, Catalina: evítame un desastre; el conde es orgulloso y yo estoy desarmado.

—¡Desarmado! ¡desarmado no! en aquel retrete hay armas de todas clases, blancas, de fuego... ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! Espera, Josefina, espera... y tú espera tambien... Yo te juro que á pesar de todos los condes y de todos los maridos del mundo, no te me escaparás, no huirás de mí.

Doña Catalina abrió violentamente la puerta y salió.

Quevedo la oyó cruzar por fuera una barra y echar llaves.

—Pues no, dijo Quevedo: ella es muy capaz de engañar á ese imbecil de don Fernando de Castro, ó lo que es peor de hacerle consentir en un convenio vergonzoso: como si lo viera; despues de una hora de conversacion con su marido volverá, para tenerme al lado y no separarse de mí en una eternidad: sino aprovecho esta coyuntura largo cautiverio me espera: y don Juan... y mi proyecto... perder por una mujer... ¡ah! ¡no! ¡Quevedo! ¡muy poco valdrás y merecerás todo cuanto te suceda si no logras escaparte! Lo primero es prevenirse: me ha dicho que en aquel retrete hay armas: armémonos.

Quevedo tomó una bujía de sobre la mesa y se dirigió á una puerta situada á un extremo de la cámara: la abrió y entró.

En los ángulos habia algunos hermosos arcabuces; en las paredes, en una especie de espeteras de madera rica y tallada, gran número de espadas y dagas: algunos preciosos pistoletes se veian acá y allá.

Quevedo tomó una espada, una daga y dos pistoletes, despues de cerciorarse que estaban cargados, y se los puso en el talabarte: á seguida salió á la cámara y abrió una de las puertas que suponía de balcon: pero se habia engañado: aquella puerta tenia detrás una fuerte reja.

Quevedo era hombre de imaginacion pronta: recordó que en el estante entre las armas de caza habia algunos frascos de pólvora, y entró, se apoderó de aquellos frascos y los puso junto á la reja: luego, con la daga abrió algunos huecos entre el marco de la reja y la pared, relleno de pólvora aquellos huecos, puso en comunicacion con ellos un reguero, que llevó hasta un lugar desde donde podia ponerle fuego á cubierto de la explosion de las cargas de pólvora de la reja, y á continuacion, se puso á apilar las mesas, las sillas y los muebles junto á la puerta de entrada.

Luego se dirigió á aquel misterioso apartamiento cubierto por una cortina, en el que tantas veces se habia fijado la vista en la condesa y se encontró en un precioso dormitorio. Quevedo suspiró, pero suspirando cargó con un colchon y le llevó á la cámara; volvió y cargó con otro, y así, sucesivamente, colchones, ropas, muebles aumentaron el monton que cubria la puerta de entrada de la cámara: y cortinas, tapices, cuadros, ropas, todo fué á parar allí, y todo esto en pocos momentos.

Entonces Quevedo aplicó la luz de una bujía á aquella especie de pira que casi tocaba al techo, y luego otra bujía y luego otra: una llama viva y brillante apareció á los pocos momentos y un humo denso y blanco inundó la cámara.

Era inevitable un incendio.

La cámara debia convertirse en pocos minutos en una hoguera.

Quevedo aprovechó el tiempo, se fué al ángulo donde empezaba el reguero de pólvora que iba á terminar en los depósitos de pólvora de la reja y le puso fuego: instantáneamente retumbó una detonacion y á seguida un golpe, como de un objeto desprendido y que habia parado á poca profundidad.

Quevedo, cuanto de prisa se lo permitieron sus mal configurados piés, corrió al vano cubierto antes por la reja, y la encontró franca.

Como habia previsto Quevedo, la pólvora habia hecho volar la reja.

Y sin pararse á meditar si la altura era ó no tal que pudiese arrojarse á tierra un hombre sin peligro, Quevedo se dejó caer.

Pero Quevedo no habia contado con el reblandecimiento de la tierra por una lluvia que habia sido constante durante cuatro dias, y sucedió lo que no podía menos de suceder: que al llegar al suelo se clavó hasta las rodillas en una tierra gredosa, quedando preso y en la completa imposibilidad de salir por sí solo.

Dejémosle allí, para concluir este capítulo y sigamos á la condesa de Lemos.

Su primer cuidado fue cambiar absolutamente de traje y tomar uno que no se hiciese sospechoso á su marido.

Por poco que quiso tardar, tardó lo bastante para que, cuando fué á encontrar al conde de Lemos, que estaba en la cámara principal de la quinta, este la recibiese de una manera duramente escepcional.

Ni uno ni otro dieron señales de alegría al verse, como convenia á esposos que habian estado separados largo tiempo.

La condesa hizo una reverencia á su marido, y don Fernando de Castro bajó levemente la cabeza en contestacion al saludo de doña Catalina.

—Paréceme, señora, dijo el conde, que habiais tomado la resolucion de haceros ermitaña.

—Si lo sabiais, no debiais haber dado ocasion á disgustarme respetando mi voluntad.

—Siempre nos hemos llevado mal, señora, desde el momento en que nos casamos, y en que tuvisteis la franqueza de decirme que casada conmigo contra vuestra voluntad, nada podia esperar de vos sino vuestra sumision á vuestra suerte: yo no he abusado de vuestra sumision: yo no he intervenido en vuestra vida, pero ha sido mientras habeis respetado mi honor.

—Bien: concluid.

—¡Teneis un amante!

—Fuerza era que yo amara á alguien.

—¡Lo confesais!

—Habia pretendido que no lo supierais: habia tomado mis medidas para ocultároslo, pero como vuestro acento me amenaza, y ningun derecho teneis sobre mí, sino delante del mundo, y aqui estamos solos, os lo confieso: amo á un hombre y soy suya... es mas... lo seré.

—¿Y quién es ese hombre?

—Don Francisco de Quevedo.

—¿Y está aquí?

—Aquí está.

—Bien: esto me da ocasion para encerraros en un convento y matar á ese hombre.

—Al separaros de mí... ruidosamente, perdereis la administracion de mis bienes.

Púsose pálido el conde.

—Si me servís, continuó la condesa, os pagaré bien.

—¿Meditais bien lo que decís? dijo aturdido el conde, porque la amenaza de perder la administracion de los bienes de su mujer le habia aterrado.

—Estamos solos, don Fernando y podemos hablar libremente: yo habia querido retardar estas esplicaciones porque me repugnan: yo habia querido mas bien que hubiérais meditado mejor lo que os convenia y que nos hubiéramos entendido tácitamente. Pero ya que me habeis amenazado, yo, que si estoy obligada á ser vuestra ante los hombres, no lo he estado ni lo estoy ante Dios ni ante vuestra conciencia, os declaro que tengo un esposo del corazon; que digna y honrada he sido de ese esposo, por mas que yo no se lo haya confesado; que suya seré únicamente, y no vuestra ni de ningun otro. En cambio de vuestro silencio y de vuestro nombre que podrá suceder se necesite, tomad de mí lo que querais, y contad con mi apoyo en la córte.

—Lo que me pedís, dijo balbuceando el conde, es horrible.

—Haced lo que mejor os plazca: en ocasion estais de consentir ó de rehusar.

—Pero el escándalo...

—Evitarélo yo, por mí misma.

—Lo pensaré.

—Pensadlo en buen hora.

En aquel momento sonó una detonacion, y poco despues se oyeron las voces de los criados que gritaban:

—¡Fuego! ¡fuego en la cámara de su escelencia la señora condesa!

—¡Eso es que Quevedo se me escapa! exclamó doña Catalina.

Y corrió deshalada al lugar del incendio.

Entretanto el conde sacó del bolsillo una carta, la retorció y la puso á la luz.

Aquella carta ardió.

Aquella carta antes de quemarse, decía :

«Escelentísimo señor conde de Lemos: vuestra esposa, ignorando que habeis sido perdonado de vuestro destierro con el rey, pone en vuestro lugar un amante, y se solaza con él en vuestra hacienda del río.»

Esta carta no tenia fecha y era anónima.

CAPITULO LXXVIII.

De cómo el interés ajeno influyó en la situación de Quevedo.

No sabemos cuanto tiempo hubiera estado nuestro buen ingenio preso por los piés en el lodo pegajoso, y maldiciendo de su suerte, y del amor, y de las mujeres, y de los hijos bastardos y del mundo entero, y si acaso hubiera perecido, á no ser por un incidente imprevisto para él.

Y decimos *si acaso hubiera perecido*, porque el incendio habia progresado con una voracidad tal, que las llamas salian en turbiones rugidores por las rejas de la cámara de la condesa de Lemos, al poco tiempo de estar enclavado Quevedo en el fango y los escombros, que no debian tardar en caer, debian caer sobre él inflamados.

Al resplandor de estas llamas, Quevedo vió un hombre embozado que se deslizaba junto al muro del edificio, sobre un terreno que no habian podido reblandecer las lluvias por estar cubierto por los anchos aleros.

—¿Quién será este, dijo Quevedo, que adelanta y me mira? ¿estaria cercada la casa? pues si es así, á lo menos con este, me quedo.

Y sacando de su cinto uno de los pistoletes, le armó y apuntó.

—¡Eh! ¡vive Dios! ¡don Francisco! dijo deteniéndose de repente el embozado que adelantaba: ¿así quereis tratar á quien viene á salvaros?

—¡Ah! ¡por mis pecados! ¿con que eres tú Francisco de Juara? dijo todo admirado Quevedo: ¡Milagro patente que tú hagas una buena accion!

—Me conviene. Os tengo cogida una palabra.

—Cógeme primero á mí, y sácame de este atollo.

—A eso vengo, y por vos esperaba. Allá vá la punta de mi capa, que si yo me meto, me atollo tambien y somos dos pájaros en vez de uno.

—Paréceme bien la idea y agárrome á ella, dijo Quevedo agarrándose á la punta de la capa que le habia echado el maton.

Tiró este, y crugiendo costuras, abriéndose telas, y con gran trabajo, logró verse al fin en firme Quevedo, pero con una arroba de tierra en cada pierna y perdidos los zapatos.

—Descalzádome has, çondesa, dijo Quevedo; pero fuego te dejo; agarrado por los piés me has tenido; pero no por la cabeza: libre me veo y de ti me escapo: no creia tanto: pero dias pasan y dias vienen, y tal vez llegue alguno, en que vuelva á pedirte lo que de mí contigo se queda. ¿Y á dónde vamos en esta guisa? añadió Quevedo.

—Al camino donde en un ventorrillo tengo preparado para vos un caballo.

—¿Está muy lejos ese ventorrillo?

—Como un tiro de arcabuz.

—¿Sabes que, sin ofensa, no me flo de tí, Juara?

—Haceis bien en no fiaros, porque no soy hombre de fiar: pero hoy me confieso vuestro.

—Pues echa delante, que mejor quiero ver si eres gallardo, que no que tú me veas las espaldas.

—No me quejo, y delante echo.

—Voyme fiando de tí, porque te tengo fiado.

—Dentro de poco fiareis mas.

—Paréceme que suena gritería en la quinta.

—Sin duda vienen á apagar el fuego.

—Pues andemos de prisa, si es que yo puedo.

—Ya no dan con nosotros: estamos lejos y por aquí hace oscuro.

—Pues silencio, no nos sientan.

Siguieron caminando en silencio.

Poco despues estaban sobre el camino, y al cabo entraron en un ventorrillo.

—Ahora, dijo Juara, lo que importa es que vuesamerced se mude de medias y se ponga zapatos.

—¿Y con qué, voto á Baco? dijo Quevedo.

—Con mis zapatos y con mis medias.

—Paréceme bien, dijo Quevedo echándose fuera las calzas enlodadas; pues digo que el enclavamiento fue donoso.

—A él debeis la vida, que si la tierra no está blanda, os estrellais.

—¿Y tú qué vas á ponerte?

—Las medias y los zapatos del ventero.

—¡ Ah ! pues... si... bien... y á Madrid á escape.

—Como gustéis.

—Pues en marcha, dijo Quevedo; ya estoy listo.

—Esperad, esperad un momento á que yo esté listo tambien. Quiero daros resguardo, la noche es oscura y mala y no sabemos lo que os puede acontecer de aquí á Madrid, que hay media legua larga.

Y Juara entretanto se ponía apresuradamente unas medias y unos zapatos que le habia dado el ventero.

—Saca los caballos, dijo á este último Juara, y toma un ducado.

El ventero tomó la moneda y sacó dos caballos.

Quevedo y Juara montaron y se encaminaron á Madrid.

—¡ Oh ! ¡ y cómo arde la quinta! dijo Juara: no entráis en parte donde no hagais daño.

En efecto, la quinta del conde de Lemos era una hoguera.

—Oblíganme, dijo Quevedo: malo me hacen culpas ajenas: la maldicion me sigue: pero pica, Juara, pica, que me importa llegar á Madrid cuanto antes. Pero calla, que oigo los cuartos de un reloj de la villa que nos trae el viento.

—¡ Las nueve ! dijo Juara.

—Pues pica largo, y gracias que aun están abiertas las puertas: enderecemos á la de Segovia.

—Me place: que asi podremos dejar en el meson del Vizco los caballos.

—A caballo iré yo hasta el alcázar, que así llegaré mas pronto.

—Como querais.

—Recuerdo que me has dicho al sacarme de mi atolladero que me tenias cogida una palabra.

—Si por cierto: á prima noche, cuando os libré de los alguaciles que os llevaban á Segovia, para entregaros á cierta dama, me ofrecisteis si os soltaba dinero y una compañía en los tercios de Nápoles. Yo dije para mí: ahora no puedo soltar á don Francisco, porque la condesa de Lemos no me lo perdonaría nunca, y es demasiado persona la condesa para que yo no la tema: pero despues que yo haya entregado á don Fran-

cisco, es distinto. En efecto, apenas entrásteis en el coche, dije á aquel criado de la condesa, amigo mio, si sabia á donde os llevaban y aun tuve que darle algun dinero para que cantase: entonces me dijo: yo no sé á dónde irá la condesa con ese caballero; nadie sabe una palabra: pero he oido allá en la casa que se habia mandado arreglar la cámara de la señora en la quinta que tiene el señor junto al rio.

—Bueno, dije para mí: ya sabemos algo: y despidiéndome de mi compadre me metí en Madrid y me fui en derecha á casa del conde de Lemos.—Yo esperaba que habiéndole sido levantado el destierro á su excelencia, y estando cerca, hubiese llegado á Madrid, y no me engañé. El conde de Lemos habia llegado al oscurecer, y no encontrando á la condesa en su casa, se habia ido á la del duque de Lerma: entonces, me metí en la primera taberna que encontré, escribí una carta al conde avisándole de que su esposa se solazaba en aquellos momentos con un galan en la quinta del rio, llevé la carta á casa del duque de Lerma, la entregué con un doblon á un criado para tener seguridad de que la carta habia llegado á manos del conde, y sin esperar la respuesta, que no era para esperada, fuime de allí al meson del Vizco, alquilé dos caballos y por lo que pudiera tronar, me fui á rondar la quinta.—Ya veis que si no es por mí no escapais, y que he ganado bien todo el dinero que querais darme, y á mas mi compañía de los tercios de Nápoles.

—Rico serás y capitan, Juara, y perdónenme los soldados á quienes en tí tal capitan he de darles.

—Tendrán en mí una cabeza valiente.

—No lo dudo: ni tampoco de que les darás buen ejemplo: pero llegamos á la puerta de Segovia: adentro, y torzamos hácia el alcázar.

Arremetieron los dos ginetes por la puerta, y poco despues Quevedo echando pie á tierra en la puerta de las Meninas, dijo á Juara dándole las bridas.

—Desde ahora estás á mi servicio.

—Muy bien, don Francisco, y me alegro.

—Despídete de las gentes de que tengas que despedirte, porque esta misma noche marchamos á Nápoles.

—Todos los cuidados los llevo conmigo.

—Bien: busca un buen coche de camino, ajústalo para Barcelona y llévalo... al meson del Vizco.

—Muy bien.

—Despues busca diez hombres bravos, con sus caballos, armados á la

gineta y con arcabuces, que no están los caminos muy buenos para ir desprevénidos.

—¿Y dinero para todo eso?

—Ya te se dará.

—¿Y para cuándo ha de estar todo preparado?

—Para las doce de la noche.

—Estará.

—Pues adios, que me importa no perder el tiempo.

—Quede vuesamerced con Dios.

Juara se alejó, y Quevedo se metió en el alcázar y se encaminó en derechura á la habitacion de doña Clara Soldevilla.

CAPITULO LXXIX.

De cómo Quevedo se asusta mas de saber que don Juan está en libertad, que si hubiera sabido que estaba preso.

Doña Clara se ocupaba en arreglar su equipaje, cuando entró en su cuarto Quevedo.

La jóven le recibió con alegría.

—Pláceme, la dijo Quevedo, encontraros tan bien entretenida...

—Sí; he llegado á cobrar miedo á la córte.

—Y habeis hecho bien en asustaros, porque Madrid es un almacén de peligros; ¿con que nos vamos?

—Si por cierto; solo necesitábamos saber de vos para marchar, pero esperábamos saberlo pronto, aunque no se os ha encontrado cuando se os ha buscado.

—Tened á milagro el verme, porque á punto he estado de perdido.

—¿Qué os ha pasado?

—Cosas que solo por mí pasan; preso me han tenido, pero suelto me veo.

—Don Juan también ha estado preso.

—Lo esperaba, lo temía; pero vos le habeis soltado.

—No por cierto: el rey no quiso oirme, ni la reina ha conseguido nada; pero al fin, cuando menos lo esperábamos, el rey ha llamado á su magestad y le ha dado el auto de libertad de mi esposo.

—¡ El rey que se habia negado á oiros , y que habia desoido á la reina , os ha dado por fin el auto de libertad de don Juan !

—Sí; él y vos habeis sido declarados libres.

—¡ El y yo ! ¿ y no adivinais quién ha podido alcanzar esa gracia del rey ?

—Indudablemente ha sido el duque de Lerma.

—¡ El duque de Lerma ! dijo Quevedo frunciendo el entrecejo y poniéndose pálido ; el duque de Lerma no hace nada de balde.

Pero recobrando su espresion impenetrable , añadió :

—Sin duda el duque de Lerma despues de haber meditado , ha conocido que le conviene estar biencon don Juan y conmigo. Dios se lo pague á su esclencia , aunque por su conveniencia lo haya hecho. Y... don Juan ¿ dónde anda que junto á vos no le veo ?

—Ha salido , dijo doña Clara fijando su mirada tranquila y profunda en Quevedo : ha salido á las ocho sin decirme á dónde iba...

—¿ Y no le habeis preguntado ?

—Yo jamás pediré cuentas de nada á mi marido.

—Sois la perla de las mujeres. ¿ Pero no ha indicado al menos... ?

—Nada , y estoy con sumo cuidado : salió á las ocho , son las nueve y media , él no conoce á nadie en Madrid... como no sea á esa comedianta con quien tuvo amores... pero no hay que pensar en que... yo no quiero pensar en ello.

—Ni hay para qué , dijo Quevedo : amores de un dia han sido , ó por mejor decir conocimiento de un dia , y aun asi conocimiento simple.

—Sin embargo... pudiera suceder... la comedianta no está en su casa.

—¡ Cómo ! ¿ os habeis metido en averiguar... ?

—Sí , don Francisco , sí... he tenido celos... los tengo... no hace ni mas ni menos tiempo que me conoce á mí don Juan , que el que hace que conoce á esa mujer , y sin embargo , yo soy su esposa y le amo ; ¿ tendrá algo de extraño que esa mujer que le ama tambien , sea su amante ?

—¡ Blasfemia ! ¡ suposicion negra que solo puede engendrar los celos , que con llamarse celos está dicho que son locos ! vos no debias haber llegado hasta el punto de informaros de lo que pasa en la casa de esa mujer.

—Tengo el presentimiento de que mi marido está con ella.

—¿ Pero no sabeis nada de cierto ?

—No : Juana , mi doncella , fué á buscar á esa comedianta con un pretesto ; con el de venderla muy baratas unas ricas alhajas. Sin embargo , esa mujer no estaba en casa... es decir , no recibia á nadie.

—Seguid, seguid haciendo vuestro equipaje, señora, que hemos de marchar esta misma noche; entretanto descuidad, que yo he de traerlos antes de media hora á don Juan.

Y Quevedo, saludando á doña Clara y evitando prolongar la conversacion, salió, porque le tardaba saber lo que hubiese de cierto en el negocio.

—Y es muy posible, decia, encaminándose hácia la casa de la Dorotea, bajo la tenaz lluvia que no cesaba un momento: es muy posible que los celos de doña Clara sean verdades; se prende á don Juan, no bastan las lágrimas de una mujer como doña Clara para que le suelten, ni aprovechan para nada las súplicas de la reina. Despues y de motu proprio, el rey nos pone en libertad. Veo detrás del rey á Lerma, detrás de Lerma al bufon, y detrás del bufon á la Dorotea. ¿Quién habia de haber creido que esa muchacha era capaz de un amor tal? ¡pecador de mí! de modo que si le sucede una desgracia por su conocimiento con Dorotea; yo, que le hice trabar conocimiento con ella, soy la causa de esa desgracia. Y como doña Clara, yo tengo tambien un presentimiento: ¡Dios quiera que quede en imaginacion y en miedo, que tal podria suceder, que no lo olvidásemos en mucho tiempo!

Y don Francisco apretó cuanto pudo el paso, y llegó al fin casa de la Dorotea.

Llamó con la misma desenvoltura que si á la puerta de su casa hubiera llamado.

Pedro contestó desde arriba.

Quevedo intimó que le abriesen.

Pedro replicó que su señora no estaba en casa.

Hubo de terciar Casilda, que conoedora de la confianza que su ama dispensaba á Quevedo, no tuvo inconveniente en abrir.

—Entrad y os convencereis, le dijo: si quereis esperar á la señora, esperadla.

—Dejadme, sin embargo, subir, hija.

—Subid enhorabuena.

Quevedo subió, y con su audacia acostumbrada lo registró todo hasta la alcoba.

—Pues es verdad, dijo.

—¡Qué! ¿habia creido vuesa merced que le engaãbamos? dijo Casilda.

—Todo pudiera ser. Pero veamos si me decís tambien ahora la verdad.

—Veamos, dijo Casilda.

—¿Dónde está tu señora?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Ha venido por ella el bufon del rey, y se la ha llevado en una silla de manos.

—Tú sabes dónde está tu señora, dijo Quevedo encarándose de repente á Pedro.

—¡Yo!

—Sí, tú: te estás rascando una oreja.

—Porque me pica.

—No, sino como diciendo para tí: si yo quisiera podria decir dónde está mi señora.

—No, no señor, yo no lo sé.

—¿Adonde has ido con un recado de tu señora? dijo á bulto Quevedo, pero con un acento tal de seguridad, y una mirada tan profunda, tan dominadora, que Pedro se turbó.

—¡Pero don Francisco...! dijo Casilda.

Quevedo no la dejó continuar.

—Vendrá la justicia y se sabrá todo, dijo, y os llevarán á la cárcel y... lo pasareis mal... porque no sabeis de lo que se trata.

—Pues ¿de qué se trata?

—Por qué nos han de llevar á la cárcel, dijeron á un mismo tiempo los dos domésticos.

—Por encubridores.

—Nosotros no encubrimos nada, dijo Casilda.

—Yo no sé nada, añadió Pedro.

—Sabeis demasiado: peor para vosotros si no quereis declarar, porque todavía seria tiempo de impedir un gran crimen.

Quevedo sin saberlo decia la verdad.

Los criados de Dorotea se aterraron.

—Yo solo sé que la señora estaba llorosa, que no ha comido, y que antes del oscurecer se ha vestido como una diosa, dijo Casilda.

—Yo solo he ido á llevar vajilla de plata y copas y botellas de cristal á una casa de la calle de don Pedro.

—¡Vajilla! ¡copas! ¡botellas! ¿y dónde... hácia dónde de la calle de don Pedro está esa casa?

—Hace esquina á la calle de la Flor.

Quevedo no esperó á saber mas.

Una intuicion poderosa le decia que habiendo salido Dorotea en silla de manos, vestida como una diosa, segun el dicho de Casilda, no podia haber ido á otra parte que á aquella casa á donde Pedro habia llevado vajillas de plata y de cristal.

Allí donde estuviese Dorotea, allí debia estar don Juan.

Y aquella cita fuera de la casa de la comedianta, entre esta y el bastardo de Osuna, en que intervenia el tio Manolillo, asustaba á Quevedo.

Por la primera vez de su vida procuró correr.

No pudo: pero por la primera vez de su vida apesar de la defectuosa configuracion de sus piés y de sus piernas anduvo de prisa.

La calle á donde se encaminaba, estaba á cerca de un extremo de Madrid.

CAPITULO LXXX.

En que el tío Manolillo sigue sirviendo de una negra manera á Dorotea.

Apenas habia salido Quevedo del cuarto de doña Clara Soldevilla, cuando uno de sus criados la anunció que el bufon del rey queria hablarla.

En otras circunstancias doña Clara se hubiera negado á recibir al tío Manolillo: pero el tío Manolillo era una persona allegada á la comedianta Dorotea, á aquella mujer que la hacia probar la amargura mayor que puede probar una mujer: sentirse herida en su amor, en su orgullo, en su dignidad: doña Clara, pues, mandó que introdujesen al tío Manolillo.

Entró lentamente el bufon, abarcando en una mirada sombría el aposento.

Sus ojos estaban encarnados, parecian arrojar el fuego de una calentura horrible, y su pecho de gigante se alzaba y se deprimia á impulsos de una respiracion poderosa, que se exhalaba por su boca entreabierta y seca, produciendo un silvido ronco y débil, á veces un ruido semejante al de un herbor fatigoso: de tiempo en tiempo á lo largo de los cortos miembros del tío Manolillo, corria una convulsion rápida, fuerte, instantánea.

Detúvose en medio de la estancia, y dijo con una voz sepulcral, terrible que estremeció á doña Clara:

—¡Estais preparando vuestra marcha! ¡ quedáos! ¡ pensais iros...! ¡iros... y con él! ¿para qué quereis partir ya, si él se quedará aquí?

Doña Clara no palideció ni tembló: pero sus ojos inmóviles, incontrastables, absorbieron toda entera, la mirada calenturienta del bufon, con toda su espresion funesta, de odio, de desesperacion, de horrible alegría.

—¿Qué decis? dijo marcando fuertemente su pregunta doña Clara.

—Digo que sois viuda.

—¡Viuda! gritó doña Clara, salvando de un salto la distancia que le separaba del bufon y asiéndole con violencia: ¡viuda habeis dicho!

—Si, viuda, contestó el bufon desasiéndose de doña Clara con un ligero sacudimiento: pero no quiero atormentaros antes de tiempo: podeis daros por viuda porque os le roban.

—¡Qué me le roban!

—¡Sí, no volverá!

—Esplicáos, ó por mi alma, llamo...

—¿Y si me prenden, quién llevará á la hermosa doña Clara, á que vea por última vez á su hermoso don Juan?

—¡Está con ella!

—Sí, con Dorotea.

—¡Mentira!

—Aun tendreis un manto fuera de esos baules: aun os quedará valor, ese valor que hace pocas noches demostrasteis para salvar á la reina, para venir á salvaros á vos misma: yo os guiaré.

—¿Donde están ellos?

—Sí: donde se enamoran, donde enloquecen, como si no hubiera en el mundo mas hombre que él, ni mas mujer que ella: ¡oh! temblais de cólera y de celos: yo tambien tiemblo de celos y de desesperacion: mirad, mis ojos arrojan fuego, mi aliento silba, mi cabeza se pierde... por que la amo... la amo... y quiero... quiero venganza.

Doña Clara no le escuchaba.

Buscaba apresuradamente un objeto.

Al fin, levantó de entre sus ropas un manto y se envolvió rápidamente en él.

—¿Decís, Manuel, exclamó con voz concentrada y breve, que sabeis dónde estan juntos ese hombre y esa mujer?

—Si, dijo el bufon.

—Venid.

—Doña Clara abrió con un llavin una puerta de servicio, y seguida

por el tío Manolillo, atravesó un espacio oscuro, sin detenerse, sin dudar, como quien conocía perfectamente el sitio, y á oscuras siempre se oyeron sus fuertes pisadas, descendiendo rápidamente por una escalera de caracol.

El bufon, sin vacilar, sin dudar, como ella, la seguía.

Escuchábase sobre el pavimento de mármol el fuerte ruido de sus zapatos guarnecidos de clavos.

Al fin de la escalera se oyó el ruido de una llave en una cerradura, salieron doña Clara y el tío Manolillo, y volvió á cerrarse la puerta.

A la luz de un turbio farol que ardía en aquel lugar que era el zaguan de la puerta de las Meninas, se vió á doña Clara envolverse completamente en su manto, y al bufon rebujarse en su capilla.

El suizo, que alabarda al brazo paseaba en el zaguan, se detuvo un momento, y al desaparecer, lanzandose en la calle, doña Clara y el bufon volvió á su paseo.

—Llevadme á donde estan, dijo doña Clara.

—Seguidme, contestó el bufon.

Y tiró adelante.

Doña Clara le seguía, con esa rapidez incomprensible de las mujeres cuando andan de prisa.

Si de improviso el ancho arroyo de una calle causado por la continua lluvia detenía á doña Clara, el bufon la asia por la cintura, y levantándola como una pluma, á pesar del enorme peso de buena moza de la jóven, la ponía al otro lado del arroyo.

Luego, él y ella, seguían su rápida marcha.

En pocos minutos, habiendo atravesado el barranco de Segovia, y subiendo las pendientes callejas que estan al otro lado, llegaron á las Vistillas de san Francisco, y entraron en la calle de don Pedro.

De repente una voz seca, bibrante particular, dijo con acento de amenaza, viniendo de la direccion opuesta á la que llevaban el tío Manolillo y doña Clara:

—¡Alto allá! que en noches tan oscuras, es bueno evitar tropiezos!

El bufon se detuvo al escuchar aquella voz y retrocedió.

—¡Quevedo! exclamó doña Clara.

Y por instinto, en vez de retroceder, avanzó hasta el bulto informe del cual, al parecer, habia salido la voz.

—¡Doña Clara! exclamó Quevedo: ¿con quién venis?

—Con el tío Manolillo.

—A mis espaldas, á mis espaldas, señora, exclamó Quevedo poniéndose rápidamente delante de doña Clara, terciándose la capa y echando al mismo tiempo al aire las hojas de su daga y su espada.

—¡Ah! ¡ah! dijo soltando una horrible carcajada al bufon: ¿con que habré de mataros, hermano Quevedo, ya que se me os habeis puesto por medio?

Y acometió hierro en mano á Quevedo.

—Haceos, haceos á la pared, doña Clara, dijo Quevedo parando los primeros golpes del tío Manolillo: las habemos con un gato guarduño, tan ágil de piés como yo quisiera serlo; así, contra esa puerta: ahora no hay miedo. Tío Manolillo, idos, y no me obligueis á despacharos: ya veis que, aunque hace oscuro, mi hierro huele el vuestro, y siempre le sale al encuentro: en verdad que sois diestro, pero mas yo... no me fatigüeis demasiado, hermano, no sea que por descansar os mate.

El bufon no hablaba una sola palabra: acometía en silencio y de tiempo en tiempo salían de su pecho rugidos poderosos, sordos; álitos abrasadores, con los que parecia querer comunicar á su acero la fuerza de su rabia.

—Ved que me canso, tío, repitió Quevedo.

El tío Manolillo redobló su ataque.

—¡Ah! dijo Quevedo: ¿con qué os empeñais, hermano? pues señor, descansemos.

Y dejó caer un tajo tal y tan formidable sobre el bufon, que apenas recibido cayó el tío Manolillo, como si la tierra le hubiera faltado de debajo de los piés.

Lo primero que hizo Quevedo fue volver la punta de su espada al suelo, apoyarse en su pomo, y descansar: el combate habia sido corto, pero reñidísimo, duro, formidable: Quevedo se habia visto obligado á resistir los golpes tirados por el puño de hierro del bufon, y sudaba, estaba jadeante.

Pero en el mismo punto en que se habia apoyado en su espada, se irguió y se preparó.

Se escuchaban los pasos precipitados de dos hombres que se acercaban á la carrera.

—¿Quién va? dijo Quevedo.

—El cocinero de su majestad, contestó una voz angustiada.

—¿Y quién mas? repitió Quevedo.

—Fray Luis de Aliaga, contestó otra voz.

— ¡ Ah ! bien venidos seais : hé aquí , doña Clara , que Dios nos envía amigos.

Pero doña Clara no contestó.

Helósele la sangre á Quevedo.

Temió que , replegado á la pared , contra la puerta de una casa , teniendo inmediatamente pegada á sí , á las espaldas , para protegerla de todo ataque de costado , á doña Clara , no la hubiese alcanzado algun golpe bufon.

— ¡ Una luz ! ¡ una luz ! exclamó Quevedo : ¿ no traéis con vosotros una luz para ver lo que ha acontecido á doña Clara ?

— ¡ Cómo ! ¿ está doña Clara con vos ? dijo el padre Aliaga.

— La trajo , no sé para qué , el tio Manolillo : he reñido con él : le he tendido : pero no sé si habrá alcanzado algun golpe á doña Clara.

— ¡ Oh ! ¡ qué de crímenes ! ¡ qué de desgracias ! exclamó el padre Aliaga : pero socorrámosla : ¿ dónde está ?

— Vamos , dijo Quevedo que entretanto habia corrido al socorro de doña Clara : no es nada , un desmayo : un desmayo que nos viene á las mil maravillas : quedaos vos aquí , padre Aliaga , y esperadnos.

— ¿ A dónde vais ?

— A llevar á doña Clara á una de estas casas inmediatas. Ayudadme vos , Montño.

— Dios quiera que pueda : apenas me tengo de pie.

— Os ayudaremos los dos y es mas breve , dijo el padre Aliaga.

Y entre los tres cargaron con doña Clara que estaba sin sentido.

Despues de algunos minutos doña Clara estaba recibida en una casa , que se abrió al nombre del tribunal del Santo Oficio pronunciado por el padre Aliaga.

A aquel nombre no habia puerta que no se abriera en aquellos tiempos en España.

Y ninguna persona mas competente para usar de él que el inquisidor general.

Nadie vió á doña Clara que fue introducida envuelta en su manto.

En efecto , solo estaba desmayada.

Aquel rudo combate la habia aterrado , porque si bien doña Clara era valiente , su valor era el valor de la mujer.

El cocinero mayor se quedó encerrado con ella.

Pero antes , dijo á Quevedo :

— Si habeis matado al tio Manolillo , importa que le quiteis unos pa-

peles que lleva encima y que son muy importantes: pero apresuráos y entrad cuanto antes en la casa á cuya puerta os hemos encontrado, porque en esa casa están de cena la Dorotea y don Juan, y en esa cena hay un plato envenenado.

—¡ Ah ! exclamó Quevedo y escapó.

Y llegó al lugar donde estaba el bufon y le registró.

Quitóle unos papeles que encontró bajo su ropilla y una llave.

El bufon no se movía.

Quevedo guardó los papeles, se alzó, se volvió á la puerta que estaba tras él, puso la llave en la cerradura y dijo al padre Aliaga que le habia seguido :

—Entremos, fray Luis, entremos.

Poco despues el fraile y el poeta estaban dentro de la casa cuya puerta volvió á cerrarse.

CAPITULO LXXXI.

En que se ve que el bufon y Dorotea habian acabado de perder el juicio.

Hora y media antes de los últimos sucesos, podia verse en la casa donde acababan de entrar Quevedo y el padre Aliaga, un estenso salon, magníficamente engalanado.

Tapices de Flandes cubrian las paredes, una gruesa alfombra el pavimento y del techo, denegrido ya, pero magestuoso, uno de esos techos de madera del gusto del renacimiento, de enorme relieve, con profundos casetones magistralmente tallados con florones, grecas, hojas, frutas y caprichos admirables, pendia una araña de cristal cargada de bujias de cera encendidas.

Debajo de esta araña habia una gran mesa cubierta con un mantel, y sobre el mantel una numerosa variedad de manjares servidos en vajilla de plata: en el centro estaban los postres de dulces, conservas y frutas de la estacion, y en medio de estos postres un plato de confituras coronado por una enorme pera, puesta sobre una hoja de parra artificial, y adornada con un lazo rojo y negro.

A los dos extremos de la mesa habia un bosque, por decirlo asi, de botellas de riquísimo cristal, sobre salvillas rodeadas de copas.

A la derecha y á la izquierda de esta mesa habia otras dos cubiertas de otros platos y de otras botellas y alumbradas cada una por un cande-

labro en forma de ramillete de entre cuyas flores, admirablemente contrahechas, salian las bujías.

Dos sillones puestos el uno junto al otro estaban delante de la mesa; una hilera de sillones dorados al rededor del salon junto á los tapices, y espejos y cuadros cubriéndolos á estos.

Ultimamente, delante de la mesa habia un brasero de plata con fuego.

Gran parte de aquellos efectos habian sido llevados de casa de la Dorotea: el resto comprado acá y allá donde se habia encontrado y por lo que habian pedido.

Aquel era un capricho de la Dorotea que la costaba algunos miles de ducados.

¿ Pero qué importaba esto? queria presentarse hermosa y grande ante su amante en una habitacion rica y bella.

Como á las ocho de la noche se levantó un tapiz y entró una mujer envuelta en un manto.

Tras ella entró un hombre pequeño y ancho, embozado en una capa.

La mujer se desprendió el manto y le arrojó al hombre, que habia echado abajo su embozo.

Eran Dorotea y el bufon.

Ya sabemos que Dorotea era la hermosura de moda: es decir, la comedianta que por orgullo enriquecia el duque de Lerma, la niña de los grandes ojos azules y del seno de nácar, que enloquecia á los galanes de Madrid: la reina de las entretenidas, como diría un francés de nuestros dias: la tentacion viviente y continua del corral de la Pacheca, aquella á quien si por comedianta escelente hubiera aplaudido siempre el público, aplaudia con frenesí, por inimitable comedianta y por incomparable en hermosura.

La hemos descrito ya. Pero necesitamos describirla de nuevo.

Dorotea estaba transfigurada por el amor, por el sufrimiento, por la horrible decision que á aquella casa la llevaba: su palidez mortal, la lucidez de su mirada, un no sé qué portentoso que emanaba de la dolorosa contraccion de su boca, de lo grave, profundo y ardiente de su mirada febril; de aquellos hombros redondos, tersos, mórvidos, en que la vista parecia tocar una suavidad dulcísima; de aquel seno cuya parte superior no cubria el descote, agitado por una respiracion poderosa, por un aliento de fuego; de aquellos brazos desnudos, modelados por Dios, de una manera tan bella, tan dulce, tan pura, que el cincel griego se hubiera de-

tenido impotente al querer copiarlos; de todo su ser, en fin, emanaba tal magia, que la hermosura de Dorotea, parecia divinizada, sobrenatural, hija de la imaginacion, no real y efectiva: una de esas bellezas que se ven raras veces, que la mayor parte de los hombres no ven nunca, y que hacen creer al que las vé que han de desvanecerse como una sombra al ser tocadas.

Sus densos, brillantes y sedosos cabellos estaban peinados en largos rizos, en una manera de teatro, contra la moda de aquellos tiempos: estos rizos, de un tono oscuro, ceñidos en la frente por una corona de rosas de brillantes, formaban un marco hechicero al rostro de Dorotea, contrastando con su blancura, que la palidez habia llevado hasta el último punto del blanco en la tez de la mujer. Su pecho estaba rodeado por las múltiples vueltas de un collar de gruesas perlas (las perlas son el adorno inmejorable de un cuello hermoso) que se anudaba en un roseton de brillantes y encendidos rubies.

Los brazaletes eran del mismo género: perlas y rubies, y del mismo género tambien los herretes y el ceñidor de su magnifico traje de raso blanco bordado de oro, traje de teatro, traje de reina, que dejaba desnudos los hombros, el seno y los brazos, con doble falda, ancho, flotante, maravilloso, que aun no habia estrenado Dorotea, que aun no habia visto nadie.

Jamás se habia presentado de tal modo al público, por mas que fuesen famosos por su lujo sus trajes y sus joyas é hiciesen que muchos tuviesen lástima del duque de Lerma y la mayor parte envidia.

Aquello lo pagaba España, como ha pagado tantas otras cosas.

Pálida, lenta, dominada por un pensamiento fijo, Dorotea adelantó hasta la mesa: la examinó y luego miró en torno suyo.

—Gracias, Manuel, dijo dirigiendo la palabra de una manera fria al bufon: habeis hecho mas de lo que yo queria: esto es magnifico.

—Ha costado mucho y se ha trabajado bien, dijo el tio Manolillo con la voz conmovida y sin apartar su mirada ansiosa de Dorotea.

—¿Qué hora es? dijo la jóven.

—Ya es hora de ir en su busca.

—Pues ¡id! tengo grandes deseos de acabar.

—¡De acabar! ¡de acabar! ¿y qué ha de acabar?

—Esta agonía que me devora, esta muerte en vida.

—Dorotea: yo necesito saber lo que piensas hacer.

—¿Qué? dijo Dorotea sonriendo tristemente: ¡vengarme!

—¡No, tú no le matarás! dijo el bufon: ¡le amas demasiado! ¡no te atreverás!

—¿Dónde está el dulce envenenado, Manuel? dijo Dorotea sin contestar á la observacion del tio Manolillo.

—Aquí, en este plato del centro, dijo el bufon, estremeciéndose: esa pera, que tiene un lazo negro y rojo. Pero ¿para qué quieres ese veneno?

—Para un último caso.

—¿Pero qué último caso, es ese?

—Que don Juan no quiera seguirme.

—Mientes; no hay nada preparado para una marcha.

—Pues yo os aseguro, Manuel, que el viaje se hará.

—Me espantas, Dorotea: yo no sé por qué tiemblo, yo, que no tiemblo por nada, yo que no me aterro: tú no eres franca conmigo, Dorotea: y debias serlo... porque yo soy... tu padre... á mí me debes la vida.

—Os lo agradezco, Manuel, os lo agradezco: nada temais: no sucedrá nada: don Juan me debe la vida tambien.

—Don Juan no te ama.

—Peor para él.

—Doña Clara le tiene loco.

—¡Oh! ¡doña Clara! aborrezco á mi pesar á esa mujer: porque ella, ella no tiene la culpa de que él la haya amado: hay momentos en que mataría á esa mujer.

—Y eso, eso es lo que debia hacerse: pero no tú... tú no debías matarla: las cuentas con la justicia son malas de ajustar... oye, Dorotea: voy á quitar de ahí esa pera...

Y el bufon tendió su mano hácia el plato.

—Dejadla, dejadla ahí, dijo Dorotea: en cuanto á doña Clara, mirad, Manuel: yo quisiera que doña Clara me viera junto á él aquí...

—¡Oh! dijo con alegría el bufon: la traeré.

—Sí: que vea como su marido cae á mis pies... porque caerá, Manuel, caerá: no me ama, pero me desea... cuando esté á mi lado algun tiempo, se embriagará en mis ojos, en mi sonrisa, en mis palabras. Quiero... quiero que doña Clara vea que desprecio á ese hombre á quien ama ella... quiero...

—¡Oh! tú no sabes lo que quieres, y el estado en que te encuentras me espanta... ¿para qué te has engalado de ese modo? ¿para qué te has

puesto tan hermosa como un ángel...? ¡pobre niña! tu alma, tu corazón, tu vida, es ese hombre, ese hombre que no puede hacerte feliz: el solo hombre á quien has amado: ¡terrible Dios, que has dado al hombre amor y caridad, sangre y lágrimas, y no le has dado poder...! ¡mañana me pedirás cuenta de lo que yo haya destruido, arrastrado por mi desesperacion y no tendrás en cuenta mi amor hácia esta infeliz, mi rabia al ver que de nada puede servirla, mi dolor al mirarla anonadada, muerta, apurando la hiel mas amarga que tú has destinado para probar á las criaturas! ¡oh! ¡yo estoy loco! ¡mi cabeza se rompe! ¡mi corazón rebienta! ¡Maldito sea ese hombre! ¡maldito! ¡maldito!

Y el tío Manolillo se paseaba iracundo, terrible, á lo largo de la estancia, con ese paso igual, sostenido, terrible del leon enjaulado.

Dorotea tenia una mano apoyada en la mesa, en la otra mano apoyada la barba, y la mirada fija, profundamente fija, en la pera que tenia el lazo rojo y negro.

Hubo un momento en que se estremeció de piés á cabeza y cerró los ojos.

Luego se pasó la mano por la frente como si hubiera querido arrancarse un pensamiento horrible, y haciendo un poderoso esfuerzo se separó de la mesa á la que parecia retenida por una influencia fatal.

—Don Juan estará esperando, dijo al bufon.

—¡Oh! ¡no piensas mas que en él! dijo el tío Manolillo, sin detenerse en su paseo.

—Sí, sí, es verdad: quiero verle cuanto ántes: quiero concluir: id por él.

—¿Y luego...? porque supongo que querrás que él entre solo.

—Sí, sí, es verdad: me olvidaba: entradle hasta aquí á oscuras: que no pueda ver la desnudez de esta casa: además, esa oscuridad tendrá para él algo de misterioso, y esta habitacion le parecerá mejor. Luego, Manuel, necesito que nadie me escuche: ¿lo entendéis?

—Nadie te escuchará, hija mia, dijo dolorosamente el bufon.

—Luego, así que haya entrado don Juan, vos saldreis de la casa, dejareis la llave debajo de la puerta, y os retirareis.

—¿Y quién ha de acompañarte cuando hayas concluido?

—El.

—¡Eh!

—Sí: él.

—¡Pero entonces ese veneno!

—No me preguntéis, por Dios, mas. Prometedme hacer lo que os he dicho.

—Lo haré: pero no te comprendo.

—Os repito, Manuel, que por caridad no me atormentéis mas.

—Una sola palabra. ¿Quieres que traiga aqui á doña Clara?

—No... no... no quiero atormentarla... ella no tiene la culpa... dejad á doña Clara en paz.

—¿Pero no habias pensado vengarte...?

—Me vengaré, Manuel, pero noblemente. Aborrezco á esa mujer, pero solo como á una cosa que me hace daño... no quiero ser infame... que nada sepa doña Clara... no hay necesidad: basta conque lo sepa él.

—¿Pero qué es lo que ha de saber él? exclamó el tenaz bufon.

Dorotea hizo un movimiento de colérica impaciencia.

—¿Sois mi señor ó mi amigo? exclamó ¿pretendereis que os diga, lo que cuando no os he dicho ya, debiais comprender que no quiero, ó que no puedo deciros?

—Estás loca y es necesario perdonártelo todo, Dorotea. Pero tienes razon; no soy tu señor, ni aun tu amigo: soy menos que eso: soy tu esclavo: pero un esclavo que vive para tí y por tí.

Dorotea hizo otro nuevo movimiento de impaciencia.

—Sí, sí, voy... perdóname, porque no sé ni lo que digo, ni lo que hago. Voy por don Juan.

Y el bufon salió.

Aquel hombre singular, que solo vivia por Dorotea, que por Dorotea era capaz de todos los crímenes y de todas las grandezas; de matar y de morir, lloró cuando estuvo fuera de la casa, atravesando entre la oscuridad de la noche las estrechas calles de la villa hácia Puerta de Moros.

Cuando llegó, vió paseándose delante de la cruz á un hombre.

Se acercó á él y le dijo:

—¿Esperais á una persona?

—Sí.

—¿Os llamis don Juan?

—Sí.

--Seguidme: os esperan.

—Guiad.

El bufon tiró adelante: no queria hablar ni una sola palabra mas con aquel hombre que hacia tan infeliz á Dorotea: con aquel hombre á quien aborrecia porquo no amaba á la comediante.

Y así, el tío Manolillo delante y don Juan detrás, llegaron en muy poco espacio á la calle de don Pedro.

Abrió el bufon la puerta de la casa, y se dejó ver un fondo tenebroso.

—No receleis en entrar, dijo el tío Manolillo procurando dar á su acento el tono mas amistoso posible: venturas os esperan, que no desgracias: el amor os llama, no la traicion.

—Adelante, dijo don Juan.

—Seguid mis pasos, dijo el bufon entrando y cerrando la puerta: cuidad de que subimos: seguid en derechura: ahora á la izquierda: ahora á la derecha: hemos subido: seguid recto: ahora bien, dijo el bufon deteniéndose: tras ese tapiz, por cuya abertura se ve luz, os esperan. Adios.

El bufon se volvió.

Don Juan entró.

Cuando don Juan hubo entrado, el bufon se detuvo.

—No, yo no puedo dejarla sola con ese hombre, dijo: ella está fuera de sí; yo no sé lo que intenta; es necesario que yo observe; observaré, comprimiré mis celos... seré capaz de ser testigo de su alegría, si se comprenden... y seré capaz de alegrarme: ¡Oh! ¡Dios mio! ¿por qué no soy yo tan hermoso, tan jóven y tan gentil como don Juan? ¿ó por qué don Juan no tiene para mi pobre Dorotea el amor que tengo yo?

Y quitándose los zapatos, se acercó silenciosamente al tapiz y se puso en acecho.

CAPITULO LXXXII.

En lo que vinieron á parar los amores de Dorotea y don Juan.

Don Juan se asombró de ver el lugar donde le esperaba Dorotea.

Porque aquel salon dispuesto como se encontraba , era completamente bello, y fuertemente voluptuoso.

Dorotea estaba indolentemente reclinada en un sillón junto á la copa en la que arrojaba de tiempo en tiempo algunos granos de perfume.

Don Juan habia ido allí vivamente escitado por el recuerdo de lo que habia pasado entre Dorotea y él aquella mañana en la prision.

A pesar de su amor á doña Clara , Dorotea era un astro bellissimo, que poniéndose entre los dos esposos , producía un eclipse de amor.

Don Juan no veía entonces mas que á Dorotea.

Se acercó á ella , y al verla de cerca , sintió una conmocion poderosa, tembló , se deslumbró.

Dorotea le miraba , le sonreía , y le mostraba una hermosísima mano.

De una manera irreflexiva , dominado por la situacion , por la mágica poderosa que se desprendía de Dorotea , por aquella voluptuosidad concentrada , por decirlo así , don Juan cayó de rodillas , y asió la mano de Dorotea y quiso llevarla á sus labios.

Pero Dorotea la retiró.

—Perdonad , señor mio , le dijo sonriendo : pero me haceis mucho

daño, y no tengo valor para que me lastimeis de nuevo: aun siento el dolor horrible del cruel beso que me disteis esta mañana. Tratadme, pues, con caridad, sentaos y hablemos como dos buenos amigos que se despiden para no volverse á ver.

—¡ Ah! ¡ Dorotea! ¿estais irritada conmigo?

—Irritada no: estoy lastimada y nada mas. Pero sentaos.

Don Juan puso el otro sillón que estaba junto á la mesa muy cerca de Dorotea, y se sentó.

Dorotea retiró su sillón.

Don Juan dijo para sí:

—Dejémosla: no la irriteemos: me ama, y su amor me ayudará.

Entrambos guardaron por un momento silencio.

Dorotea miraba de una manera ansiosa, enamorada, dulce, á don Juan: le trasmitia su alma entera, y con su alma todos los embriagadores sentimientos de que su alma estaba llena; y como si en aquella mirada le trasmitiera tambien su vida, Dorotea se ponía mas pálida, se espiritualizaba mas y mas, se hacia irresistible.

—¿ Cuándo os vais? le dijo Dorotea.

—Nunca, respondió el jóven: me quedo con vos.

—¡ Conmigo! ¿ sabéis si yo quiero que os quedeis?

—¡ Oh! ¡ vos me amais!

—Es cierto que os amo, que mi alma toda entera es vuestra.

—¿ No mas que el alma?

—No mas.

—¿ Es decir que pretendereis que apuremos una vida desesperada?

—¡ Desesperada! ¿ y por qué?

—Un deseo voraz que crecerá con el tiempo: un deseo contrariado: un volcan comprimido...

—¿ Y qué quereis? no somos libres: no nos pertenecemos.

—Tratándose de vos, yo soy enteramente libre.

—Perteneceis á doña Clara.

—Decidme... apartaos de ella... no es necesario que me lo digais...

—Yo no os diré eso jamás.

—Harélo yo... os seguiré.

—No me seguireis... os lo juro.

—¿ Y por qué?

—Por que no debéis seguirme.

—No me habéis de deber, cuando se trata de amaros... ¿no os debo la vida?

—Me debéis la voluntad... si yo he podido salvaros, ese poder no añade ni un quilate mas á la voluntad: y esa misma voluntad de salvaros la ha tenido doña Clara.

—Vos sois mas hermosa... vuestro amor mas ardiente.

—Ya que os amo, don Juan, no procureis perder mi aprecio.

—¡Vuestro aprecio!

—Si por cierto. No me demostréis que el amor en vos es un devaneo; que al verme jóven, hermosa, engalanada, enamorada, os olvidais de otra mujer que es mas hermosa que yo, y que si no os ama mas que yo, os dá á lo menos un amor mas puro: hablemos como dos amigos, don Juan: y desengañaos: si yo aceptase esa promesa que me habeis hecho en un momento de embriaguez, seriais mio durante ocho dias; pero á los ocho dias, veriais á doña Clara, porque doña Clara os buscaria, os embriagaría, con su dolor y con su amor, como ahora os embriago yo, y os iriais con ella: pero habiéndola lastimado, habiéndole turbado su alma con un recuerdo que no perderia nunca. No hagamos infeliz á esa señora, ya que nosotros no podamos ser felices.

—Será esta una lucha que durará mientras vivamos: hay en vos, Dorotea, una fuerza tal para conmigo, que me siento arrastrado: vuestro amor es un amor tal que me enloquece: os miro, y paréceme que no sois una criatura mortal: para una fría despedida yo no hubiera venido, os lo aseguro: y os aseguro tambien, que si no alcanzo completamente vuestro amor, vuestra confianza, vuestra alegría, vuestra posesion... mirad Dorotea: estoy embriagado, loco: no me desespereis hasta el punto de que ponga á prueba vuestro amor.

—¿Y cómo le pondriais á prueba?

—Perdonad: pero al solo pensamiento de perderos, pasan por mi horribles tentaciones.

—No... no morireis... dijo Dorotea estendiendo hácia don Juan una mano y dejándosela besar.

Dorotea sufrió sin alterarse, sin estremecerse los apasionados besos de que don Juan cubrió su mano.

—Basta de locuras, don Juan, dijo Dorotea: os he llamado para cenar con vos antes de separarnos para siempre.

—¡Separarnos! pero eso no puede ser.

—¿No veis que estoy vestida de una manera particular?

—Eso es Dorotea que os habeis propuesto demostrarme que sois mas blanca que las perlas, que vuestros ojos brillan mas que los diamantes, que vuestra hermosura domina á todas las riquezas.

—No, no por cierto, don Juan: es que me he vestido de boda.

—¡ Ah! ¡ para casaros conmigo!

—No, por que vos sois casado. El esposo que he elegido, será enteramente mio, y yo seré enteramente suya: nada alterará la paz de nuestra union: nadie podrá separarnos: fiel yo para él, él será fiel para mí, y ningun pensamiento, ningun recuerdo ageno empañará nuestra union.

—¿ Es decir, que me olvidareis?

—Sí.

—No os creo.

—Cuando sepais con quien me caso lo creereis.

—¿ Hablais formalmente Dorotea?

—¡ Oh! ¡ sí!

—¿ Y quién es ese afortunado esposo? me estais atormentando, Dorotea.

—Os juro que no tendreis celos del esposo que he elegido.

—¿ Vais á meteros monja?

—¡ Llevar yo á Dios un corazon lleno del amor impuro de un hombre! no, don Juan! no soy tan impia. Podrá faltarme valor para el martirio, podré ser criminal, podré llamar, arrastrada por mi desdicha, la justicia de Dios sobre mi cabeza, pero no cometeré un sacrilegio ¡ no, no tomaré á Dios por esposo amando á un hombre! ¡ otro es el esposo que he elegido, don Juan!

—No os comprendo, y quisiera comprenderos: hay algo en vuestros ojos, en vuestro semblante, en vuestra sonrisa, en vuestras palabras que me espanta. Encuentro en vos no sé qué calma fria, horrible.

—Sí, el resultado de una decision irrevocable.

—Pero explicaos. ¿ No os inspiro yo confianza?

—Sí, mucha, muchisima; ¡ Dios mio! vos lo sois todo para mí; sin vos no quiero nada... sin vos... sin vos la vida es para mí una carga insoportable. Pero cenemos, don Juan, cenemos.

—Si vos cenais, dijo sonriendo don Juan, cenaré yo.

—Teneis razon: mas fácil seria que una gota de agua horadase una roca, que el que yo pudiese pasar un solo bocado. Tengo el cuerpo y el alma, el corazon y los sentidos, llenos de vos: nada veo mas que vos, nada respiro mas que el amor que siento por vos.

—¿Y á qué entonces esa estraña mentira?

—¿Qué mentira?

—La de vuestro casamiento.

—Quisiera que no fuese una horrible verdad.

—Os repito que no os comprendo.

—Dentro de poco me comprendereis.

—¿Y me amais?

—Como no creo que haya amado nadie: con un amor voluntarioso, ciego. Suponed, don Juan, un pobre náufrago que flota sobre una débil barca, sobre un mar siempre irritado, que ve al fin, cuando ya ha perdido la esperanza, una rivera fresca, hermosa, odorifera, que le llama, que le convida: suponed que el náufrago ha tocado á esa rivera, que se ha creído salvado, y que una nueva ola le ha arrastrado de nuevo, le ha apartado de aquella rivera amada, hasta que la ha perdido de vista. El náufrago, acostumbrado antes á la tempestad, sostenido por su débil esquiife, se adormia al bramar de las olas, le era indiferente que estas le llevasen acá ó allá, estaba seguro de que un dia le tragaria el mar, y estaba resignado. Yo, antes de veros, era ese náufrago; el mundo, el mar tempestuoso en que flotaba á la ventura el esquiife; que me sostenia, mi ingenio como cómica, mi belleza como mujer: el dia en que una enfermedad me imposibilitase para la escena, ó los años destruyesen mi hermosura, estaba previsto por mí: un hospital era mi destino, sin parientes que me amparasen, sin hijos que cuidasen mi ancianidad: no habia amado nunca; no creia en el amor: pero os ví: vos habeis sido para mí la rivera encantada donde pude encontrar la felicidad, el porvenir, acaso la familia, y el mundo, el mundo irritado me ha apartado de vos... bebamos al menos, don Juan, bebamos. La embriaguez es hermana de la locura, y yo estoy loca.

Dorotea se levantó y llenó dos copas.

Luego vino con una salvilla y sirvió una copa á don Juan.

—Por mi amor, dijo don Juan bebiendo.

—Por mi vida, dijo bebiendo tambien Dorotea.

Y dejó la salvilla con las dos copas vacías sobre la mesa, y volvió á sentarse en el sillón.

Don Juan acercó el suyo.

Por aquella vez Dorotea no se retiró.

Don Juan rodeó la cintura de Dorotea.

Dorotea se alzó radiante de dignidad.

—La mujer que ama, no es la impura cortesana, la torpe comedianta que vendia sus favores, dijo: respetadme, don Juan, respetad en mí lo mas noble que Dios ha dado á sus criaturas: el amor, y la pureza del alma.

Don Juan se retiró, no confundido, sino enojado.

Dorotea pensativa y triste, guardó silencio.

—Dorotea, dijo al fin don Juan: ¿quereis que hablemos seriamente?

—¿Pues qué? don Juan, ¿creeis que yo me chancoo?

—Quiero decir: que hablemos sin locuras: con arreglo á la situacion en que estamos colocados.

—Hablemos.

—¿No hay un medio de unirnos?

—Ninguno.

—¿Ni aun de que vivamos como dos hermanos?

—Ya habeis dicho que hablemos con juicio, y es una locura pensar que puedan amarse como hermanos un hombre como vos, y una mujer como yo.

—Vivamos como amantes.

—¡Como amantes! ¿pues qué, no os vais de Madrid?

—Sí por cierto: pero por el mismo camino que yo me vaya podeis ir vos.

—Y bien: suponiendo que yo consienta...

Y Dorotea miraba de una manera ansiosa á don Juan.

—Escucha, alma de mi alma, la dijo don Juan; una casita bella, apartada, donde yo vaya á verte de noche; un jardin solitario, donde solo el firmamento estrellado sea testigo de nuestra dicha; un amor eterno, embellecido por el deseo y por el misterio; hermosos hijos en quienes veas reproducido tu amor; una vida tranquila; sin celos...

—¡Sin celos...!

—¡Qué amante puede tenerlos de una esposa!

—¡Ay de mí! exclamó Dorotea oprimiéndose el pecho.

—Bebamos, luz de mi alma, dijo don Juan; y se levantó y llenó las copas y las trajo en la salvilla, y se arrodilló sonriendo para que Dorotea tomase la suya.

Dorotea se inclinó para levantar á don Juan.

Los rizos perfumados de la jóven tocaron las mejillas de don Juan y sus ojos se sintieron atraidos por la mirada dulce, apasionada, saturada de amor y de deseo del jóven.

Aquellos dos semblantes se unieron y resonó el estallido de un doble beso.

Y entonces el bufon, se separó del tapiz, se alejó y dijo bajando las escaleras.

—¡ Oh ! ¡ gracias á Dios ! el veneno es inútil : el veneno no matará á nadie. Pero es preciso... sí... sí... es preciso que doña Clara se separe de don Juan : es preciso que don Juan sea de Dorotea y solo de Dorotea : es preciso que doña Clara los vea aquí juntos, enamorándose, acariciándose, embriagados de amor.

Y el bufon bajó silenciosamente las escaleras, se puso los zapatos, abrió la puerta, salió, cerró y se encaminó al alcázar, en busca de doña Clara.

Don Juan y Dorotea, sin embargo, no habian cambiado de situacion : tras aquel beso irreflexivo, fatal, por decirlo así, Dorotea se habia rehecho de nuevo.

—Sentáos, don Juan, le dijo ; y hablemos por último, con seriedad : hemos vuelto á caer en las locuras. Teneis sobre mí un poder maravilloso : ya lo sabia yo, y me he prevenido ; lo que me habeis propuesto es imposible.

—¡ Imposible !

—Sí : yo no puedo partir mi amor con otra mujer : yo no puedo deiros tampoco, y no os diré : abandonad á vuestra esposa : os debeis al gran nombre que llevais, y no podeis deshonrarle : aunque querais yo no permitiré que lo deshonreis por mí. Veámonos por la última vez... y tened mucho valor si me amais.

—¿ Qué quereis decirme con esas palabras ?

—Que cuando salgais de aquí llevareis de mí tal recuerdo, que no me olvidareis jamás.

—¿ Qué misterio tan incomprensible es este que os arranca de mis brazos, que os defiende de mí, que me desespera, que me mata... ?

—Mi amor.

—Estraño amor que se complace en despedazarme.

—Amor desdichado, muerto apenas nacido.

—Dorotea, no me obligueis á ser villano.

—Connigo no podeis ser mas que lo que sois.

—Un hombre burlado, por no sé qué intencion que no comprendo.

—¡ Ah ! no hay ningun hombre que merezca el amor de una mujer : no hay ninguno que comprenda el alma de una mujer.

Don Juan calló confundido.

—Oye, don Juan, dijo Dorotea asiéndole las manos, con acento triste y con los ojos arrasados de lágrimas: yo no comprendo el amor como tú le comprendes: para mí el amor no es el deleite impuro, ni la vanidad, ni la embriaguez, ni el entretenimiento: para mí el amor es mas, mucho mas: tiene algo de divino: para mí el amor es ser el pensamiento entero de un hombre, el espíritu poderoso que le engrandezca, que le impulse á las grandes acciones: grandezas buscadas para engrandecer la mujer amada, cuando se trata de un hombre como tú, que se llama Giron, que es hijo del gran duque de Osuna, que debe su espada á sus abuelos y á su patria, y el corazón á una mujer: yo no te pido eso, que puede y debe pedirte tu esposa; yo quiero tu grandeza para que refleje sobre mi frente: yo no puedo ser para tí mas que la amante oculta y misteriosa, que te sonria apartada de la vista del mundo; mis hijos no pueden llevar tu nombre, porque... tu nombre pertenece entero á los hijos de la mujer con quien te has unido: yo solo puedo ser para tí un sueño embriagador durante algun tiempo: despues... despues, cuando hasta el misterio hubiera perdido para tí su encanto, yo seria una carga para tí...

—¡Una carga!

—Sí, una carga enojosa.

—¿Crees tú que yo reparé jamás en...?

Don Juan se detuvo porque lo que iba á decir era inconveniente.

Pero Dorotea oyó con el alma las palabras que don Juan no habia pronunciado: las oyó dentro de su corazón.

—No, no hablo yo de esa carga material que consiste en atender á las necesidades materiales de una mujer: entre nosotros no puede haber eso: el dinero hace daño al amor: yo cómica, yo cortesana, no he pertenecido á un amante sino á trueque de un tesoro: yo mujer, no doy mi corazón sino por otro corazón; de otra carga mas pesada he querido hablarte: de la carga que consiste en tener que sacrificar algun tiempo todos los dias á una mujer á quien no se ama, á quien nunca se ha amado, por quien solo se ha sentido deseo, y por la cual al fin ni deseo se siente, y á la que se sigue fingiendo amor por compasion: carga, que acaba por hacerse insoportable, porque el sacrificio mas pequeño se hace insoportable cuando es continuo: yo seria dentro de poco una carga para tí, y despues un remordimiento, porque me abandonarais...

—Te he dejado seguir, porque queria saber á donde ibas á parar. ¡Que yo no te amo!

—Ahora... ahora, don Juan, te crees enamorado de mí, y lo estás, estás loco...

—No vivo mas que para tí.

—Es necesario que vivas para los demás: no eres dueño de tí mismo.

—¿De modo que yo que ansiaba que llegase el momento de ver á mi libertadora, me encuentro con una especie de hermosísimo fraile que me predica un sermón de cuaresma? Esto no puede ser. Yo .. te amaba como dices, con el deseo antes de hoy, te amé de ese modo desde el punto en que te ví... pero desde hoy, Dorotea, te amo con un amor que no puede confundirse con nada, porque tu amor me ha obligado á amarte: tú me has procurado la libertad, y con la libertad la vida, no sé á precio de qué sacrificio: has podido satisfacer tus celos, vengarlos, diciéndome á mi mujer: tú, su esposa, tú, la dama hermosísima, noble, rica, favorita de la reina, no has podido salvarle, y yo, la cómica, yo, su querida, la he salvado: y tú no has hecho eso, Dorotea: tú has sufrido tu despecho, tu desesperación, y has hecho llegar por las manos del rey á mi mujer la orden que me ponía en libertad: tú sabías que yo libre había de partir de Madrid, y sin embargo, la libertad me has dado: ¿cómo quieres que no te ame, á no ser que creas que soy un miserable? Y si soy un miserable, ¿por qué me amas?

—¡Don Juan! exclamó Dorotea, con la voz trémula, ardiente, opaca, y la mirada ansiosa, fija, concentrada, en los ojos del jóven: ¡don Juan! ¡mira no mientas involuntariamente!

—No, no; te amo, dijo don Juan estrechándola contra su seno.

Dorotea pugnó por desasirse.

—Solo á tí amo, murmuró el jóven en su oído.

Dorotea rompió á llorar.

—Por tí y para tí viviré, continuó el jóven, y escucha: mi vida es tuya: ¿para qué quiero yo un nombre que me aparta de tí? renuncio á ese nombre, me separo de la mujer que nos impide unirnos, saldré de Madrid, pero saldré contigo, todo por tí y para tí.

—¡Separarte de doña Clara! dijo Dorotea levantando de sobre el hombro de don Juan la cabeza, y apartando con las dos manos los rizos que se habían desordenado sobre su frente, pálida y tersa: ¡ser mio! ¡únicamente mio! ¡salir de esta casa en que había entrado muerta, contigo, llena de una vida hermosa! ¡oh! ¡repítemelo! ¡repítemelo! ¡creo que me he engañado! ¡que tú no has dicho eso!

—¡Oh! ¡sí! ¡tuyo y no mas que tuyo!

—¿Y partiremos?

—Sí.

—¿Desde esta casa?

—Sí.

—¿Y no volverás á ver á doña Clara?

—No amo á nadie mas que á tí.

Y don Juan la atrajo á sus brazos.

Dorotea le sonrió de una manera tal, le dejó ver de tal modo su alma, que una involuntariosa sonrisa de triunfo de don Juan, borró como una nube al sol la sonrisa de gloria de Dorotea.

En la sonrisa de don Juan, habia visto, no amor, sino voluptuosidad, alegría, y aun podremos decir, vanidad, por la posesion segura de una mujer vivamente deseada.

Entonces, Dorotea, se levantó de los brazos de don Juan, haciendo un violento esfuerzo para desasirse de ellos.

Su palidez habia crecido.

Durante algunos segundos una seriedad sombría, y tal que llegó á imponer respeto á don Juan, apareció en su semblante.

Luego volvió á sonreir.

Pero entre aquella seriedad y aquella sonrisa habia pasado una agonia completa.

—La hora de la partida se acerca, dijo apoyándose dulcemente en el hombro de don Juan.

—Partamos, dijo don Juan levantándose.

—Espera, espera un momento, dijo Dorotea poniendo sus dos manos sobre los hombros de don Juan y mirándole frente á frente.

Don Juan exhaló una esclamacion de asombro.

Nunca habia visto á Dorotea tan hermosa.

Tembló bajo la impresion de la mirada de la comedianta.

—Siempre, siempre tu sed, dijo Dorotea: nunca tu amor.

—¡Cómo! ¿aun dudas?

—No, no dudo ya, dijo la jóven.

Y dejó los hombros de don Juan y se acercó á la mesa.

—¿Qué haces? dijo don Juan.

—¡Tengo sed! ¡una sed que me devora! contestó Dorotea fijando una mirada indescribible en la pera adornada con el lazo rojo y negro, que se veia en medio de la mesa.

Y tomó una botella, y llenó de vino una copa.

—Yo también tengo sed, dijo don Juan, que tenía la boca amarga, como cuando experimentamos una fuerte conmoción en nuestro organismo.

Dorotea llenó otra copa.

Luego se apoyó sobre la mesa, mirando siempre el confite del lazo negro y rojo.

Su semblante estaba contraído, gruesas gotas de sudor corrían por sus mejillas.

Hubo un momento en que tembló toda, como á la sensación imprevista de un frío agudo.

—Estos confites son muy buenos, dijo: provémoslos antes de beber.

Y tomó la pera envenada.

Al tomarla miró á don Juan y pasó por sus ojos algo horrible.

—Toma, le dijo: y le mostró la confitura.

Don Juan estendió la mano.

Dorotea se estremeció de nuevo, retiró vivamente la pera y la mordió exclamando:

—No, no: esta es para mí, para mí sola.

Y temerosa de que don Juan pudiera arrebatársela ni una pequeña parte de aquel confite mortal, le devoró.

A seguida cayó de rodillas.

—¿Qué haces, Dorotea? dijo don Juan.

—¡Déjame! ¡déjame orar! exclamó la jóven.

—¡Orar! exclamó asombrado don Juan.

—Sí, orar por mi alma, respondió Dorotea.

Y juntó las manos, las cruzó, y dobló la cabeza sobre el pecho.

En aquel momento resonaron voces en la calle, y luego choque de espadas.

Don Juan sintió un terror vago, y se avalanzó á Dorotea y la levantó en sus brazos.

La jóven se abandonó en los brazos de don Juan y le sonrió de una manera embriagadora.

—¡Oh! ¡no me olvidarás! exclamó.

—¡Olvidarte, olvidarte yo, vida mía!

Y don Juan embriagado la besó en la boca.

—¡Adios! exclamó Dorotea entre un beso ardiente.

—¿Por qué me dices adios, alma mía?

—Me llama mi esposo, dijo sonriendo siempre Dorotea,

—¡Tu esposo!

—Sí, acabo de desposarme... con quien estará eternamente conmigo, y yo eternamente con él.

—Sí, sí, exclamó don Juan, engañado por las palabras de Dorotea: no nos separaremos jamás.

—Sí, dijo Dorotea, rodeando un brazo tembloroso al cuello de don Juan; vamos á separarnos muy pronto, porque no me he desposado contigo; me he desposado con la muerte. Ahora, déjame orar: no acabes de perderme.

—¡ Con la muerte! gritó don Juan.

—Sí, el dulce que acabo de comer estaba envenenado.

—¡ Envenenado...! ¡ Dios mio! ¡ Hola! ¡ aquí! ¡ aquí! gritó don Juan llamando.

—¡ No hay nadie! ¡ estamos solos! exclamó Dorotea.

Y una leve contraccion de dolor resistido, pasó por su semblante.

—¡ Oh! ¡ esto es horrible! ¡ esto no puede ser verdad! exclamó don Juan reteniendo entre sus brazos á Dorotea.

Otra contraccion mas violenta, indicó á don Juan que Dorotea sentía un dolor mas agudo.

Al mismo tiempo su cuerpo se hizo mas pasado.

Don Juan se vió en la necesidad de doblar una rodilla para sostener á Dorotea.

—¡ No me abandones! ¡ no me dejes! exclamó: ¡ quiero morir en tus brazos! toma... porque apenas puedo hablar... habia escrito este papel... que es mi última palabra para tí... y mi última voluntad... ¡ Oh Dios mio!

Y sacó del seno un papel doblado, que se desprendió de sus manos y cayó sobre la alfombra.

Don Juan estaba inmóvil, mudo, dominado por el terror.

Dorotea hizo aun un nuevo esfuerzo, aun tuvo una sonrisa para don Juan: luego lanzó algunos gritos agudos, horribles; se retorció de una manera violenta, hasta el punto de desasirse de los brazos de don Juan; dió dos pasos desatentados, y cayó desplomada.

Don Juan corrió á ella, la volvió, miró su semblante y dió un grito de horror.

Dorotea estaba muerta, y aquel semblante poco antes tan hermoso, tan lleno de vida, estaba afeado por una contraccion horrible.

Hay en la vida algunos momentos comparables á la muerte.

Momentos de atonia en que los músculos se petrifican y el corazón se huela.



...ARRANCÓ LA DAGA AL JÓVEN, Y LE QUITÓ LA ESPADA.

Momentos á los cuales sucede una reaccion horrible.

Don Juan probó unos momentos semejantes, y luego como si despertase de una pesadilla horrorosa, gritó con un acento imposible de hacer comprender:

—¡ Muerta ! ¡ muerta ! ¡ y muerta por mí !

Y seguidamente se arrojó sobre el cadáver y unió su boca á la boca helada de Dorotea.

Y en otra nueva y mas terrible reaccion, se alzó y desnudando violentamente su daga exclamó:

—¡ Muerta por mí...! ¡ y yo, miserable, vivo !

Y volvió la punta de su daga al pecho.

Pero en aquel momento, se sintió sujeto por detrás, asidos los brazos, retenidos por otros brazos que le apretaban con la fuerza de una cadena de hierro.

—¡ Oh ! ¡ no ! ¡ no ! ¡ mientras yo esté á vuestro lado ! dijo una voz.

Aquellos brazos que le sujetaban, y aquella voz que le hablaba, mojada en lágrimas, eran los brazos y la voz de Quevedo.

Este y el padre Aliaga, habian entrado sin que á causa de lo horrible de la situacion los sintiera don Juan.

—¡ Desarmadle, fray Luis ! ¡ vive Dios ! ¡ que tiene las fuerzas de un toro y se me escapa ! gritó Quevedo, luchando con don Juan.

El inquisidor general, arrancó la daga al jóven, y le quitó la espada.

—Mirad, fray Luis, mirad si tiene pistoletes á la cintura ; dijo Quevedo.

El padre Aliaga, en silencio, como hasta allí, registró la cintura de don Juan y le quitó dos pistoletes.

—¡ Ah ! ¡ ya era tiempo ! ¡ ya no podia resistir mas ! dijo Quevedo soltando al jóven.

Este se levantó dió tres pasos vacilantes, y luego, se dejó caer sobre un sillón, y se cubrió el rostro con las manos.

—Vamos, dijo Quevedo: nos hemos salvado: veamos ahora si podemos salvar á esta infeliz.

—¡ Muerta ! dijo el padre Aliaga roncamente.

Y se arrodilló junto al cadáver, y oró.

Entretanto Quevedo habia levantado el papel que se habia caido de la mano de Dorosea y que esta habia sacado de su seno.

Quevedo, que tenia siempre valor para dominar las situaciones mas

dificiles, que no desatendia jamás ninguna circunstancia por ligera que fuese, se acercó á la mesa, desdobló el papel y le leyó :

« Don Juan, decia : he tenido la desgracia de conoceros y de que no me ameis : mi vida es demasiado horrible para que yo la conserve, y me habeis hecho demasiado daño para que yo quiera vengarme de vos : me he vestido de boda para acudir á vuestra cita : de esa cita saldré envuelta en una mortaja : sois noble y generoso, y el único medio que tengo para que no me olvideis jamás, es morir en vuestros brazos : cuando leais este papel, habré muerto ya : os amo, os amo tanto, que todo por vos lo pierdo : hasta mi alma : sé que no me olvidareis nunca, mientras vivais, y quiero mejor vivir muerta en vuestro pensamiento, que vivir muriendo, lejos de vos, abandonada, despreciada por vos : que mi recuerdo no os haga infeliz : amad... amad mucho á vuestra esposa, porque si os ama como yo os amo, y un dia se vé desdeñada por vos como yo me he visto, morirá como yo muero. Adios : recibid mi alma.—Dorotea.»

Y por bajo se leia :

« Decid á don Francisco de Quevedo, que en mi casa, en un cajon de la mesa de la sala, está mi testamento ; que lo haga cumplir.»

Dos lágrimas, gordas, enormes, de Quevedo, cayeron sobre este papel.

Luego le dobló en silencio, y le guardó.

—Padre Aliaga, dijo dirigiéndose al religioso que oraba en silencio: vos os quedareis, ¿ no es verdad?

—Debo orar junto á esta desgraciada, y tanto mas, cuanto que es hija de otro infeliz, á quien he amado mucho, antes de dejar el mundo.

—Y yo necesito apartar de aquí á don Juan.

—Sí, sí : lleváoslo.

—Esperad, esperad, dijo don Juan levantándose, y dando algunos pasos hácia Dorotea.

—¡ Qué haceis ! dijo dulcemente el padre Aliaga.

—¡ Dejadme por Dios que la vea por la última vez!

—Apartad, caballero, apartad, y no profaneis ese cadáver, dijo el padre Aliaga, poniéndose delante de Dorotea.

—¡ Oh ! ¡ para qué quiero vivir !

—¡ Para doña Clara Soldevilla, para vuestra esposa ! dijo severamente Quevedo : ¡ ya que esa desgracia es irremediable, no causeis otra desgracia mayor !

—¡ Clara ! ¡ mi esposa ! exclamó don Juan.

Y se dulcificó la rigidez de su semblante, sus ojos se humedecieron y lloró.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo: ¡la vida es un sueño de Satanás!

—¡Sí, sí, un sueño horrible! ¡pero, seguidme! tomad vuestras armas, que ya no hay peligro en que las tomeis y vamos.

Don Juan tomó sus armas, su sombrero, su capa, y siguió á Quevedo; pero antes de salir se volvió hácia Dorotea.

—¡Doña Clara os espera! dijo Quevedo.

Don Juan siguió á su amigo, y entrambos salieron de la casa.

El padre Aliaga se quedó orando al lado del cadáver de Dorotea.

CAPITULO LXXXIII.

El autor declara que ha concluido, y ata algunos cabos para que no queden sueltos.

El cocinero de su magestad supo al dia siguiente al ir á oír misa á Santo Domingo el Real una noticia horrible.

Al pasar junto á dos comadres que charlaban en una esquina, oyó las siguientes palabras:

—Os digo que la he visto: yo misma con estos ojos que se han de comer la tierra: es la comedianta Dorotea: pero se ha quedado que espanta; está que da compasion verla; los ojos hundidos, que le cabe un puño en cada uno; la boca torcida... ¡ella que era tan hermosa!... dicen que ha muerto de repente.

Helósele de repente en las venas la sangre al cocinero mayor.

Y tal comezon le dió en saber lo que le hubiera sido mejor ignorar, de tal modo le impulsaron su terror y su conciencia, que sin encomendarse á Dios ni al diablo se acercó á las dos viejas y las dijo:

—Perdonen voacedes, pero he oido no sé qué de una muerte que me ha trastornado.

—¡Qué! ¡si todo Madrid está que lo ahogan con un cabello, y aquella casa parece un jubileo! dijo una de las viejas: yo he sudado y me he estropeado para poder entrar donde está la difunta, y me han roto la saya: ¡si aquello es mucho! ¡y qué lujo! y allí están todos los cómicos del corral de la Pacheca, y los del coliseo del Principe, y los del coliseo de

la Cruz, y muchos señores, y muchos grandes, y cuatro lacayotes con hachas, que diz que son del señor duque de Lerma, que diz era querido de la comediante: y allí está tambien el inquisidor general y otros religiosos, todos rezando, y la sala hecha un ascua de oro de luces, y la calle que no cabe un alfiler de gente, y todos tristes, y todos llorosos; y están dando limosna á mas y mejor en la puerta á todos los pobres que llegan. ¡ Si parece que se ha muerto una persona real! cuando nosotras doblemos la cabeza y nos quedemos como un pollo con moquillo, nos agarrarán de un zancajo y nos echarán á un estercolero. ¡ Pues ya se vé! ¡ como era tan hermosa...! y como era querida de un señor... hé ahí! Quede vuesa merced con Dios. Vamos, tia Brígida, vamos, que ya es tarde.

El cocinero mayor no oyó ni la mitad de la relacion de la vieja; la noticia de que la Dorotea habia muerto de repente, le habia encogido, le habia helado, le habia dejado inmóvil; presa de uno de esos pavores que no se comprenden, si alguna vez no han pasado por nosotros.

El, aunque se habia quedado con doña Clara Soldevilla en la casa, donde habia entrado con aquella señora, al nombre de la inquisicion, pronunciado por el padre Aliaga; como don Juan y Quevedo habian ido á buscar á doña Clara, Montño no sabia nada acerca de la muerte de Dorotea, porque Quevedo le habia echado con cajas destempladas, sin darle esplicacion alguna, para quedarse solo cuanto antes con doña Clara y don Juan.

En el mismo punto se fué al alcázar, evitando pasar por el sitio donde se suponía muerto al bufon, se habia metido entre sábanas, y habia pasado la noche con la cabeza tapada y con fiebre.

Por la mañana se durmió y despertó á las diez.

Al ver entrar el sol por las rendijas de la ventana de su dormitorio...

(Entreparéntesis: al meter Quevedo aquella noche, cuatro horas despues de la muerte de Dorotea, á doña Clara y á don Juan, en un coche, que tenia prevenido Francisco de Juara en el meson del Vizco, cesó de repente la lluvia; lentamente se despejó el cielo; luego amaneció claro y un sol brillante inundó de una luz dorada el espacio; parecia que al despejarse completamente la situacion de nuestros personajes, se habia creído el cielo obligado á despejarse tambien: esto pudo ser una casualidad, pero una casualidad reparable).

Al ver entrar el sol por las rendijas de la ventana de su dormitorio, decíamos, el cocinero mayor saltó del lecho, se vistió apresuradamente,

y afligido por su lastimada conciencia, su primer impulso fue ir á arrojarse de rodillas delante de Dios en un templo: en el camino le habia sorprendido, pues, de una manera terriblemente providencial, la noticia de la muerte de su víctima.

Porque Montiño no tenia duda: no se atrevia á tenerla: Dorotea le habia mandado hacer una cena y poner en ella un veneno, Dorotea habia muerto de repente: luego Dorotea se habia envenenado.

Nada tiene, pues, de estraño la parálisis total que acometió al cocinero mayor al saber la muerte de Dorotea.

Hacia un rato que los dos horribles conductores de aquella noticia, las dos viejas queremos decir, habian desaparecido, y todavía estaba Montiño hecho un garavito en el mismo lugar donde se habia parado para informarse.

Pero de repente se enderezó, se volvió y dió á correr como un insensato en direccion á la calle ancha de San Bernardo, atraído por ese magnetismo horrible que existe entre el asesinado y el asesino.

Cuando llegó hubo de detenerse: la afluencia de gentes le habia cortado el paso.

La calle estaba llena.

Y nada tenia esto de estraño.

La Dorotea era muy conocida, y á mas de esto, se daba una abundante limosna á la puerta de su casa.

Montiño codeaba á derecha é izquierda, pero no podia pasar.

Entonces, y como la atraccion que la impulsaba hácia el cadáver era mas poderosa á medida que se acercaba á él, viendo que por codos no podia abrirse paso, dió á gritar de una manera desentonada:

—¡Dejadme, dejadme pasar, por Dios! ¡quiero verla! ¿no oís que quiero verla antes de que se la lleven? ¡dejadme pasar!

Y redoblaba sus gritos.

Todos le creyeron por lo inenos pariente de la difunta, y le abrieron paso.

Y así gritando y codeando, logró llegar á la puerta de la casa.

En ella estaba Pedro, el antiguo criado de Dorotea, con un talego en la mano, del que sacaba sucesivamente reales de plata que iba entregando á los pobres que se presentaban.

Dos alguaciles, delante de él, impedian que fuese atropellado por los mendigos, y que entrase gente en la casa, á pesar de lo cual, mas de uno se colaba.

Colábase tambien Montño.

—¡Eh! ¿á dónde vais? le dijo uno de los alguaciles cogiéndole del brazo.

—¿Que á dónde voy? dijo Montño, volviendo su mirada escandencida é insensata al alguacil: ¿á dónde he de ir sino á verla antes de que se la lleven?

A estas palabras lacrimosas, chillonas, del cocinero mayor, Pedro volvió la cabeza y le reconoció.

—¡Ah! ¿sois vos, señor Montño? dijo tambien lloroso Pedro: ¡oh! ¡qué desgracia! ¡qué desgracia tan grande y tan impensada! ¡no la olvidaremos jamás!

—¡Ni yo, ni yo! ¡yo no puedo olvidarla nunca! exclamó Montño: pero, ¿cómo ha sucedido eso? ¿cuándo?

—Casilda que está adentro, en la cocina, os dará razon, señor Montño. Yo no puedo marcharme de aquí. Como veis, estoy dando limosna por su alma. Dejad pasar á ese hidalgo, señor Casimiro Trompeta; es de la casa; dijo Pedro al alguacil que aun tenia asido á Montño.

El corchete soltó al cocinero, que se despidió, subió las escaleras, atravesó un pasillo, y se entró de rondon en la cocina, donde, envuelta en un pañolon negro, estaba Casilda gimoteando, asistida por algunas comadres de la vecindad y algunas doncellas de cómicas que estaban en la casa, y componian aquella especie de duelo criaderil.

—¿Pero qué es lo que aquí ha sucedido? dijo Montño dirigiendo bruscamente la palabra á la doncella de Dorotea.

—¿Qué ha de haber sucedido? desdichada que yo soy, sino que mi señora se ha muerto! ¡Y tan hermosa! ¡tan jóven! ¡tan buena!

Y siguieron las lágrimas y los sollozos.

—¿Pero cómo se ha muerto la señora? dijo Montño cuya voz tenia á cada momento una acentuacion mas estraña y mas punzante.

—¿Y qué sé yo? dijo Casilda; yo no la he visto morir.

—¿Pero no ha muerto en la casa?

—Sí, sí señor; segun dicen don Francisco de Quevedo, y el padre fray Luis de Aliaga, que la trageron allá muy tarde.

—¿Que la trageron?

—Sí señor la trageron: al oscurecer, la señora habia salido muy engalanada, con el tio Manolillo: dicen que esta noche pasada han matado al tio Manolillo.

—Eso dicen, eso dicen, exclamó el cocinero mayor: pero seguid,

seguid: decíais que don Francisco de Quevedo y el padre Aliaga trage-ron á la señora.

—Sí, sí señor: la metieron envuelta en su manto, y como arras-trando; luego se encerraron con ella, y despues salió don Francisco de Quevedo: á poco vinieron el duque de Lerma, y un alcalde de casa y córte y un escribano: entonces supe que mi señora habia muerto, pero habia tenido tiempo de hacer testamento: nada la ha faltado, nada: ni sacerdote que la auxiliára y calificado, como que era nada menos que el inquisidor general, ni escribano que autorizase su última voluntad.

—¿Y no vino ningun médico?

—Sí, sí señor, el doctor Campillos, que era el médico del coliseo; allá dentro estuvo encerrado mucho tiempo, con la difunta y con el du-que de Lerma, y con el inquisidor general, y con don Francisco de Que-vedo.

—¿Y no dijo de qué habia muerto?

—Sí, sí señor: de repente, de enfermedad natural.

—¡Eso dijo!

—Sí, sí señor, eso dijo.

—¿Y eso ha escrito la justicia?

—Sí señor, eso ha escrito.

Al través de su locura, un rayo de razon penetró en el pensamiento de Montño, ó mas bien un instinto de conservacion.

Aguantóse, dejó las cosas como los hombres y la justicia de los hom-bres las habian puesto, pero en medio de su locura, su conciencia, mas poderosa que ella, le acusaba de aquella muerte.

Y la fascinacion que le habia llevado hasta allí, poderosa, terrible, le arrastró todavía.

Se despidió de Casilda, y se entró en la sala.

Los balcones estaban completamente cerrados; las paredes y el techo cubiertos con paños de terciopelo negro franjeados de oro, el suelo cu-bierto con un paño negro.

En medio de la sala, sobre un magnífico lecho, rodeado de gigantes-cos candelabros de bronce dorado con blandones, estaba el cadáver, hu-mildemente amortajado con un sayal ceniciento de la órden de San Fran-cisco y la cabeza rodeada de una toca blanca.

A los cuatro ángulos del lecho, habia cuatro lacayos de gran librea, inmóviles como estátuas, y con blandones amarillos en las manos.

Las libreas de aquellos hombres eran del duque de Lermá.

Detrás del lecho se veía la manguilla negra de terciopelo bordado de oro, y con la cruz dorada de la parroquia de San Martín.

El cura y los clérigos de la parroquia, y en medio de ellos, el inquisidor general con sus hábitos negros y blancos de dominico, rezaban.

Detrás de los sacerdotes, arrodillados, rezando también, había una multitud de hombres y de mujeres vestidos de luto.

Aquellas mujeres y aquellos hombres eran los cómicos de los coliseos de Madrid.

Al fondo de la sala, junto á la puerta de entrada, silenciosos y graves, había algunos hidalgos.

Al verse allí, el cocinero mayor sintió un vértigo horrible: parecióle que las luces se agrandaban, que se iban hácia él, que le rodeaban, que giraban, que subían, que bajaban, que se revolían, en un torbellino de fuego.

Parecióle ver en medio de aquel torbellino, de aquel resplandor, impuro y flameante, levantarse el cadáver de Dorotea, adelantar, asirle, estrecharle entre sus brazos, y arrastrarle consigo.

Y presa de este vértigo infernal, Montiño adelantó con paso nervioso, lento, marcado, con los cabellos herizados, con los ojos horriblemente dilatados, con la boca contraída, temblorosa, con el semblante lívido, estremeciéndose todo, hácia el cadáver, junto al cual llegó y le contempló de una manera horrorosa en el momento que la clerecía empezaba á entonar el terrible psalmo: *Dies iræ, dies illæ...*

Montiño no pudo resistir más: su cabeza se partía, su pecho se abraza, y antes de que pudiese separarse de allí, su locura estalló, y gritó con un acento espantoso:

— ¡Perdon! ¡perdon! ¡yo pasaré todos los días de mi vida en la penitencia! ¡pero! ¡suéltame! ¡suéltame! ¡no me arrastres contigo! ¡yo pasaré mi vida orando y haciendo que la iglesia ore por ti!

Y tras esto, en medio del escándalo de los que en la sala estaban, dió con su cuerpo en tierra.

— Este hombre está loco, dijo el padre Aliaga, mandando sacar de allí al cocinero mayor, y llevarle á un cuarto, en donde se encerró con él.

Pero había causado tal impresion la muerte de la Dorotea, habían dicho tales cosas acerca de entradas y salidas de su ama Pedro y Casilda, se había murmurado tanto, que se sospechó por todos y aun se dió por seguro, que allí había *gato encerrado*.

El tremendo alcalde de casa y córte Ruy Pérez Sarmiento, á quien

ya conocemos, habia sido llamado entre doce y una de la noche anterior por el duque de Lerma.

El duque de Lerma habia llamado al alcalde de casa y córte, porque entre diez y once de la noche habia estado encerrado un largo espacio con él don Francisco de Quevedo.

Quevedo habia hecho llegar, valiéndose de frases hinchadas y misteriosas para obligar á los criados, una carta al duque de Lerma, una carta que solo contenia estos tres renglones:

«Escelentísimo señor: Tengo en mis manos el cuchillo que puede cortaros la cabeza; pero yo os daré este cuchillo si me dais licencia para hablaros.—Francisco de Quevedo.»

Leer esta carta, y hacer entrar inmediatamente á Quevedo, fue todo uno.

Quevedo entró con unos papeles en la mano.

Y por cierto que aquellos papeles estaban teñidos de sangre.

Pero digamos antes de donde venia Quevedo.

Cuando salió con el corazon desgarrado de la casa donde habia visto muerta á Dorotea, llevando consigo á don Juan, hizo dar á este algunas vueltas por las tenebrosas calles.

Aun no habia dejado de llover, y Quevedo, que como tenia de todo, era algo médico, esperó que la humedad reblandeciese el cerebro de don Juan.

Lo que demuestra que Quevedo, ya en aquellos tiempos, buscaba el alma en los nervios.

No se engañó don Francisco.

La escitacion nerviosa del jóven, se modificó.

Anduvo por algun tiempo en silencio asido al brazo de Quevedo.

Luego exclamó:

—¡Qué sueño tan horrible!

—Ya que de sueños hablais, dijo Quevedo, tomad lo pasado como sueño y escarmiento. No jugueis mas con el alma de la mujer, porque las mujeres son terribles. Olvidad.

—No puedo.

—Dominaos.

—Tengo el corazon despedazado.

—Por lo mismo, y porque estais esperimentando lo que es tener el corazon amargo y sangriento, no querais que le tenga tambien vuestra esposa.

—¡ Clara !

—¡ Si supiérais de lo que ha sido capaz esa mujer que llorais !

—¡ Dorotea !

—Sí: vos veis en ella un ángel perdido, y era un demonio.

Quevedo era un médico terrible: ponía á sangre fría los dedos sobre la llaga y la estrujaba.

La muerta nada tenía ya que perder ni que esperar en la vida, y Quevedo quería salvar á los que, vivos aun, tenían qué perder y qué esperar.

Calumniaba á Dorotea.

—¿ Qué decís, don Francisco? exclamó el jóven.

—Digo que Dorotea era una aventurera que quería perderos.

—¿ Perderme y ha muerto por mí?

—Vos no comprendéis á ese animal que se llama hombre, á quien aventaja en ferocidad ese otro animal que se llama mujer. ¿Hubiérais vos creído que hubiese persona que para vengarse de otro se diese la muerte?

—No... eso es inconcebible.

—Pues todo el que se mata por amor, no se mata por otra cosa que por amargar con el recuerdo de su muerte la conciencia del hombre ó de la mujer que le ha desdeñado.

—¡ Oh ! ¡ no ! ¡ no puede ser !

—Y sin embargo, es.

—Yo... me habia entregado enteramente á Dorotea.

—Dorotea sabia que mientras existiese doña Clara, ella no podia ser para vos mas que un entretenimiento.

Quevedo estaba en la situacion, y sus últimas palabras influyeron terriblemente en el ánimo del jóven, porque habia oido aquellas mismas palabras á Dorotea.

—¿ Y ha podido llegar la locura de esa infeliz hasta tal punto? dijo.

—No era locura, sino rabia, y rabia femenil, la mas terrible de las rabias de que puede adolecer una criatura. El amor de Dorotea era impuro: sino hubiese tenido celos, y celos de vanidad, hubiera satisfecho su deseo por vos, y á los quince dias os hubiera burlado.

Don Juan no contestó.

Cada una de las palabras de Quevedo, le hacian experimentar el frío de la hoja de un puñal.

El implacable Quevedo continuó:

—Y dad gracias á Dios de que su sabia y misericordiosa providencia

me haya traído á tiempo de impedir el gran crimen que habia meditado Dorotea, y su contrahecho amante el bufon del rey.

—¡Cómo! ¡aquel hombre era...!

—Sí, era ese amante feroz y bajo que tienen todas las aventureras: era su puñal.

—Me estás revelando cosas horribles.

—Es que cuando la verdad vale algo, es siempre horrorosa en el punto en que se la quita la camisa.

—¿Y qué era lo que habian meditado ese hombre y esa mujer?

Quevedo notó con alegría, con una alegría *sui generis*, que don Juan llamaba *esa mujer* á la desdichada Dorotea.

—Habian querido matar á un ángel

—¡A Clara!

—Si por cierto: en el momento en que vos estuvisteis encerrado con Dorotea, el tio Manolillo fue al alcázar, dijo á doña Clara que vos os olvidábais de ella con otra, y doña Clara le siguió loca de celos; porque los celos y la prudencia nunca van juntos. Si yo no encuentro á la puerta misma de la casa donde Dorotea con vos estaba, al tio Manolillo que con doña Clara venia, vuestra esposa, vuestra noble y digna esposa, os hubiera visto en los brazos de esa mujer, y esa mujer se hubiera matado, segura de que os dejaba á entrambos muertos.

—¡Oh! ¡ved no os engañeis, don Francisco!

—El bufon que está allá en la calle de don Pedro sin la vida que yo le he sacado por la cabeza, del tajo mas lleno y mas derecho que he dado en toda mi vida, es un testimonio, y doña Clara que está en una casa de la misma calle, entre la muerte y la vida, que de muerte es el ánsia que la affige, es otro.

—¡Cómo! ¡Clara, mi adorada Clara, me espera!

—Y sufre y llora.

—Pues vamos, vamos al momento: ¿qué tardamos?

—¿Estais seguro de dominaros hasta el punto de parecer sereno despues de lo que habeis sufrido?

—Ha sido un sueño: un horrible sueño que ha pasado.

—Cuenta con que el sueño no se os conozca en los ojos.

—Descuidad, estoy tranquilo: lo que me habeis revelado, me ha cerciorado.

—Ved que doña Clara es muy aguda de entendimiento y que no es cosa fácil hacerla ver lo negro blanco.

—No necesito engañarla : verla será para mí la vida : la entrada en el cielo despues de haber salido del infierno.

—Es necesario que la mintais.

—La diré que he ido á ver á mi madre.

—No ; decidla mas bien que habeis ido á ver al duque de Lerma.

—¿ Y para qué ?

—¿ No habeis sido puesto en libertad ? ¿ no necesitais licencia del rey para partiros esta misma noche de Madrid ?

—¡ Ah ! ¡ sí ! ¡ es cierto !

—Pues vamos.

—Vamos.

—Esperad , esperad : allá , en aquella esquina , medio agoniza un farol delante de una imágen : vamos , allí , don Juan : quiero veros el rostro.

Esta fué una intimacion indirecta al jóven , para que se dominase , para que compusiese su semblante.

Llegaron á la esquina , y Quevedo le quitó el sombrero para verle mejor el rostro.

—No importa que os mojeis la cabeza , dijo , cuanto mas agua cae sobre el fuego , mejor.

—Vedlo ; estoy tranquilo , estoy como siempre , dijo don Juan sonriendo de una manera tan amarga , tan horrible , que Quevedo retrocedió espantado.

—Esperad : os he enseñado mi corazon : ahora voy á mostraros mi valor.

Y don Juan se sonrió de una manera franca , abierta , natural , tranquila.

—¡ Oh ! ¡ sí ! ¡ sí ! ¡ hijo mio ! dijo Quevedo conmovido : teneis un hermoso corazon , y un valor como hay pocos ; ello pasará , ello pasará ; vuestro corazon es todo entero de doña Clara , y ella será el ángel glorioso que os cure de ese otro ángel condenado. Vamos , hijo mio , vamos : seguid siendo valiente , y acordaos para serlo , de que vuestra serenidad , vuestra paz exterior en estos momentos , es la paz del alma , es la vida de la inapreciable compañera que os ha dado Dios : recoged todas vuestras fuerzas , preparaos y no hablemos mas.

Y tiró de don Juan.

Algunas calles mas allá , se encontraron en la de don Pedro.

Quevedo llamó á la puerta de la casa donde estaba doña Clara Soldevilla.

Cuando entró en el aposento donde estaba esta con don Juan, la jóven se levantó de una silla, y corrió á su marido, le asió las manos temblorosa, y le miró con ansiedad.

Quevedo despidió al cocinero mayor, que todavía estaba allí.

Don Juan sonrió enamorado, trasportado de alegría, á doña Clara. Y esta alegría no era fingida.

Quevedo habia operado con su cruel tratamiento una reaccion en el ánimo del jóven: le habia ennegrecido el recuerdo de Dorotea, le habia hecho temblar por doña Clara. Don Juan se encontraba al fin delante de ella, estaba bajo la influencia de su hermosura aumentada por el temor, por la agonía del alma, bajo el magnetismo de sus hermosos ojos ansiosos y enamorados, en contacto con aquella vigorosa organizacion que se estremecia aterrada.

Don Juan lo olvidó todo: no vió mas que á doña Clara.

Su vista fué para él, lo que la sombra para el peregrino cansado, lo que la fuente para el sediento, lo que la luz para el ciego.

Y ébrio de placer, y de amor, y de alegría, y de esperanza, abrazó á doña Clara y la besó en la boca.

Quevedo miraba aquello con una triste gravedad.

—¡ El alma de los jóvenes! dijo: ¡ humo que agita el viento en el cielo de la esperanza! Hélos curados á los dos.

—¿ Dónde has estado? dijo doña Clara.

—Casa del duque de Lerma.

—¡ Oh! si, dijo doña Clara con toda la fé de su alma: no podia ser otra cosa, me habian engañado horriblemente.

Quevedo dejó á los dos esposos en libertad de esplicarse, y con uno de los vecinos de la casa envió á pedir dos sillas de manos.

Cuando llegaron hizo acercar la una en la cual doña Clara y don Juan entraron y se dirigieron al alcázar.

Luego con la otra silla de manos se fué á la casa donde estaba el padre Aliaga, con lo que habia sido Dorotea, abrió, hizo que los ganapanes que conducian la silla la metiesen dentro y se quedasen fuera.

Poco despues Quevedo abrió é hizo que los conductores llevasen la silla, cerró la puerta, y á pié y lentamente escoltó la silla de manos.

Dentro de la silla iban el cadáver y el padre Aliaga.

Mas allá de la casa, entre la oscuridad, bajo la lluvia, quedaba el cadáver del tio Manolillo.

Cuando el padre Aliaga y Quevedo, con gran trabajo, disimulando

cuanto pudieron el estado de muerte de Dorotea, la pusieron en su lecho y se encerraron con ella, Quevedo se fué sin vacilar al cajon de la mesa, donde, segun la posdata de la carta póstuma de Dorotea á don Juan, estaba el testamento de la comedianta.

Abrióle, y le encontró fechado y autorizado con muchos dias de anterioridad, á pesar de que con arreglo á todos los indicios, habia sido otorgado aquel mismo dia.

Dorotea dejaba su hacienda al bufon, al cocinero mayor, á sus dos criados Pedro y Casilda, á los pobres y á su alma.

Al bufon, por lo mucho que le estimaba, dejaba seis mil doblones; al cocinero mayor, *por un gran beneficio que la habia hecho*, mil doblones: á Pedro y Casilda, mil ducados á cada uno: cuatro mil ducados para los pobres, que debian darse de limosna para su alma, y diez mil ducados á la parroquia de San Martin por una sepultura en tierra, sin losa ni letrero, y para sufragios por su alma.

Esta cantidad debia encontrarse parte en dinero, en su casa, y el resto debia completarse con la venta de sus trages, sus alhajas y sus muebles.

Quevedo leyó conmovido este testamento, y sobre todo una cláusula en que Dorotea le constituia su albacea único, y le suplicaba tomase en amor suyo, en memoria suya, la prenda que mas quisiese de lo que dejaba.

Quevedo se enjugó las lágrimas con el envés de la mano, y luego escribió con mano firme al fin del testamento:

«No pudiendo permanecer en Madrid, del que salgo esta noche, delego las facultades que en este testamento se me otorgan, en el ilustrísimo señor Fray Luis de Aliaga, inquisidor general, archimandrita del reino de Nápoles, del consejo de Estado, confesor de su magestad el rey nuestro señor, que conmigo firma aceptando.—Don Francisco de Quevedo y Villegas, del hábito de Santiago.»

Esto escrito, Quevedo apartó del cadáver al padre Aliaga, y le leyó el testamento.

Oyólo en silencio el confesor del rey.

Pero cuando Quevedo leyó la nota adicional escrita por él, exclamó:

—¡Qué! ¿os vais dejando esta pesada carga sobre mis hombros?

—Antes de irme yo os abriré camino, fray Luis.

—¿Y por qué no os quedais? ¿por qué no nos ayudais con vuestras grandes fuerzas á soportar el enorme peso de aconsejar á su magestad en la gobernacion del reino?

—Libreme Dios de meterme en embrollos y en oscuridades: que no soy yo cortesano de los que hoy se usan, ni mis consejos serian para seguidos; y pues mejor es no aconsejar que aconsejar al aire, dejadme ir á donde mis consejos se oyen y aprovechan, y no me querais aquí; que en cuatro dias que hace que en esta última vez en la córte ando, han sucedido cuatro mil desgracias. Que tal es mi suerte pecadora, que á donde yo voy va la desdicha, y el bien que hago, sangre y lágrimas me cuesta.

—Os debemos, sin embargo, demasiado.

—Quédanse las cosas como se estaban, y no podia suceder de otro modo: que tal anda ello, que el gobierno es como capa vieja á quien se la va el remiendo que se la ha puesto por las puntadas. Ved, pues, lo que me mandais para Nápoles, que tengo que hacer bastante, y verme quiero fuera de Madrid antes de que acabe la noche.

—Sacadme antes de iros si podeis de este pantano en que me encuentro.

—A ver voy á Lerma, y os le enviaré, y él hará lo que sea menester que él lo puede todo.

—¿Y no volveremos á veros por aqui?

—Acaso.

—Id con Dios, id con Dios, don Francisco, y al menos escribiéndonos no nos olvidareis.

—Asi haré, porque como escribiendo me divierto, en escribir soy diligente. Y adios fray Luis, y no me detengais mas que estoy decidido, y aun me queda que hacer, y ánsia tengo por acabar.

—¿Y no os despedís de esa desdichada?

Quevedo se volvió en un movimiento nervioso hácia la alcoba, entró en ella, se acercó al lecho, asió una helada mano del cadáver, y se descubrió.

Su ancha frente, nublada, sombría, trasparenteando un pensamiento desesperado, parecia absorver el amarillo reflejo de una lámpara que estaba encendida sobre una palometa de plata junto al lecho, delante de una virgen de los Dolores.

La mirada de Quevedo, abarcando aquel cadáver, afeado por la muerte, de que quedaban aun los hombros desnudos, redondos y mórvidos, y las maravillosas galas y las joyas deslumbrantes, tenia algo de espantoso.

—Te he calumniado, dijo, en el corazon del hombre por quien has muerto; pero tú ya estás donde la verdad resplandece, pobre niña: tú

verás que de los que aquí quedan, solo queda en uno la amarga memoria tuya: yo haré que en los templos de Nápoles se eleven preces por tu alma, y por tu descanso: yo rogaré á Dios por tí lo que me quede de vida: y puesto que una prenda tuya me legas, este rizo, y mi recuerdo, serán lo único que de tí quede algun tiempo sobre la tierra.

Y Quevedo desnudó su daga, cogió uno de los sedosos y pesados rizos de Dorotea, le cortó, le anudó, le guardó en el seno y salió de la alcoba.

—Adios, fray Luis, adios: dijo abrazándole. Hasta que la desdicha nos vuelva á juntar.

—Adios don Francisco, adios, y que él os de fuerzas para sufrir vuestras amarguras.

Quevedo salió y se encaminó casa del duque de Lerma, en cuya portería escribió la carta en tres renglones que le abrió paso hasta el despacho del duque.

Recibióle Lerma afablemente, y le mostró la carta que acababa de leer.

—Esplicadme esto, don Francisco, le dijo:

—La esplicacion está en estos sangrientos papeles, dijo Quevedo entregando al duque los que llevaba en la mano.

El duque los examinó rápidamente.

Eran los papeles que le habia robado el tio Manolillo, y que le tenían sujeto.

—¿Qué precio quereis por estos papeles, don Francisco?

—Yo no vendo seguridades, ni en ser soplón he pensado nunca. Lo que queria ya lo tengo, una audiencia vuestra.

El duque se acercó á una bujía, y quemó uno por uno aquellos papeles.

—Nada habeis hecho, dijo Quevedo, si no quemais tambien vuestra ambicion y vuestra soberbia.

—¡Siempre cruelsimo conmigo! ¿Por qué no me ayudais?

—Porque no quiero.

—¡Breve estais!

—Tengo prisa.

—¿Y á qué habeis venido?

—A atar unos cabos que si se quedasen sueltos podrian enmarrarnos.

—Veamos.

—Recordad qué sangre tenían los papeles que habeis quemado.

—¿Habeis muerto ó herido..?

—He sacado de penas al bufon del rey. Desdichado era, y por mí descansa. Allá está en la calle de don Pedro.

—Bien: no se harán informaciones acerca de esa muerte.

—Necesaria ha sido, y con decir que ha sido necesaria, digo que ha sido justa.

—Bien, bien: el secreto se enterrará con el muerto.

—Hay además en la calle de don Pedro, esquina á la de la Flor, una casa deshabitada, de cuya puerta es esta llave.

Y Quevedo dió al duque una llave que el duque puso sobre la mesa.

—En esa casa hay una sala ricamente entapizada, y con una cena ricamente servida: la vajilla es de plata: los manjares apetitosos: pero cuando mandeis recoger la vajilla y los tapices y los cuadros, advertid que nadie por golosina coma de aquellos manjares. Podria acontecerle lo que á Dorotea.

—¡Cómo! ¡pues qué ha sido de Dorotea!

—Debeis alegraros por lo que toca á vuestra hacienda, aunque la lloreis como cristiano: la Dorotea os tenia apurado: dándose muerte desesperada, os ha librado de apuros y de gastos.

Púsose densamente pálido el duque de Lerma.

—¿Pero quién ha asesinado á... Dorotea?

—Su despecho.

—Su muerte va á causar un alboroto, un escándalo: era muy querida del público.

—Pues ved ahí lo que son las mujeres: ella no ha pensado ni un momento en el escándalo que iba á dar matándose.

—Pero explicadme...

—Ya os he dicho que estoy de prisa: por lo mismo quiero concluir pronto. Que la causa de su muerte se oculte: que su secreto se entierre con la infeliz, como el otro con el bufon.

—Se enterrará, se enterrará. ¿Pero dónde está Dorotea?

—En su casa, en su cama, y orando junto á su cama, el bueno del inquisidor general.

—¿Y qué mas quereis, don Francisco?

—Quiero real licencia para que partan cuando quieran á Nápoles don Juan Tellez Giron, capitán de la guarda española del rey, con su esposa doña Clara Soldevilla, dama de honor de su magestad la reina.

—Pediré la licencia á su magestad.

—Dádmela vos por traslado, que otras mas graves reales órdenes se han dado sin que lo sepa su magestad.

El duque, dominado por Quevedo y por la situacion, se sentó en la mesa, escribió, firmó, leyó lo que habia escrito á Quevedo y luego dobló el papel, le puso un sobre y le selló y le sobrescribió.

—Beso á vucencia las manos y le doy las gracias, dijo Quevedo tomando el pliego.

Y se encaminó á la puerta.

—No me atrevo á deciros mas, dijo el duque, porque estoy seguro de no reteneros.

—Adios, don Francisco de Sandoval y Rojas, dijo con un acento singular Quevedo; plegue á Dios que no pagueis, como me temo, el favor de su magestad.

Y Quevedo salió.

Poco despues fue cuando el duque llamó al alcalde de casa y córte Ruy Perez Sarmiento.

—Tomad, dijo el duque dándole una órden firmada por el rey: presidente sois desde ahora de la real audiencia de Méjico.

—¡ Oh ! ¡ señor ! ¡ señor escelentísimo ! dijo doblegándose todo el alcalde.

—Anteanoche me servísteis bien: pero aun os queda que hacerme un último servicio.

—Mandad, señor.

—En la calle de don Pedro encontrareis un hombre muerto á hierro.

—¿Y quiere vucencia que se descubra...?

—Por el contrario, quiero que hagais el proceso de manera que no pueda, ni aun por barruntos, sospecharse quien es el homicida.

—Lo haré, señor.

—Pues id al momento, no dé con el difunto una ronda.

—A tal hora y lloviendo, juraría que no hay un alcalde fuera de su lecho, ni mas alguaciles de pié que los que yo traigo.

—Pues id, alcalde, despacháos, depositad el difunto y volved, porque os necesitaré aun.

Cuando el duque se encontró solo, una espresion de contento animó su semblante.

Esto consistia en que se le habia quitado una montaña de sobre el co-

razon, en el momento en que destruyó las pruebas de traicion que en poder del tio Manolillo eran su inquietud mortal.

En cuanto á Dorotea no diremos que el duque se alegrase de su muerte.

Pero el corazon humano es un abismo.

Dorotea era un cocodrilo alimentado con oro.

Le sacrificaba.

Viva Dorotea, no era posible dejarla. ¿Qué se hubiera dicho de la magnificencia del duque de Lerma?

No dejándola, era preciso satisfacer sus gastos.

Por la muerte de Dorotea heredaba Lerma un tesoro.

Esto es, el tesoro que hubiera absorbido Dorotea, si no hubiera muerto.

Y como todo el que hereda cuantiosamente, se consuela con facilidad de la pérdida del difunto, (en general sea dicho), y como el duque de Lerma salia bien heredado, estaba en unas magnificas disposiciones de consuelo.

Todo arregló á las mil maravillas, porque el licenciado Sarmiento era hombre que lo entendia.

El tio Manolillo pasó por asesinado por una mano oculta y con su entierro se terminó el proceso.

Dorotea pasó por muerta de repente, en su casa, en su cama; se la hicieron, costeándolos el duque de Lerma, que no podia dispensarse de aquel último gasto, unos ostentosos funerales, y se la enterró segun su voluntad, en la iglesia de San Martin, en una sepultura en el suelo, sin piedra ni letrero.

Habia cesado de llover y hacia sol.

Un mes despues la duquesa de Gandía recibió por un correo espreso una iarga carta del duque de Osuna.

El poderoso grande estaba completamente satisfecho de su hijo y de su esposa, que se amaban con toda su alma y eran felices.

A la carta de Osuna, acompañaban una de don Juan y otra de doña Clara.

Aquellas cartas respiraban felicidad.

El autor debe decir, que tal maña se dió Quevedo, que curó á los dos esposos completamente, á él del recuerdo de Dorotea á ella de sus celos.

• Atemos los últimos cabos.

Don Rodrigo Calderon sanó al fin de su herida, y como era necesario al duque de Lerma, este se guardó muy bien de mostrarse enojado con don Rodrigo.

El incendio de la quinta del conde de Lemos se apagó, pero no se apagó del mismo modo el incendio del corazón de la condesa.

En la primavera siguiente, la condesa de Lemos fué á visitar sus posesiones de Nápoles.

En resúmen, ¿cual de nuestros personajes era la víctima de los sucesos que acabamos de relatar?

La situación de la córte habia quedado en el mismo estado que antes: las intrigas seguian, los que antes eran enemigos, seguian profesándose un razonable ódio.

Doña Clara tenia á su don Juan.

La condesa de Lemos á su don Francisco.

Dorotea y el bufon habian dejado de sufrir, porque los muertos no sufren.

Doña Ana seguia siendo la maestra de amor del príncipe de Asturias.

El padre Aliaga quedóse mas desesperado que lo estaba cuatro dias antes.

Unos personajes habian ganado.

Otros se habian quedado como estaban.

¡Pobre Francisco Martinez Montiño! ¡tú solo, parte paciente de esta historia, tú pagador constante de pecados ajenos, tú solo fuiste la víctima supervivente á estas aventuras de cuatro dias lluviosos!

Su locura se habia determinado.

Perdió, por lo tanto, la cocina de su magestad, cuya pérdida no se le indemnizó, sino con dejarle un mechinal donde vivia en palacio y una mezquina pensión nominal, porque no se le pagaba.

No le encerraron porque su locura era tranquila.

Consistía esta en la manía de querer hacer creer á todo el mundo, que detrás de él, siguiéndole, persiguiéndole, engalanada con sedas y joyas, iba constantemente la comedianta Dorotea; que cuando se acostaba, Dorotea se sentaba á la cabecera de su cama.

Y esto, que era asunto de risa para la canalla de escalera abajo de palacio era una verdad para el infeliz.

Veia por todas partes á Dorotea, engalanada, pero lívida, horrible. Huía de sí mismo, pretendiendo huir de ella, en vano, porque la llevaba

consigo, porque su locura habia dado una forma real á sus remordimientos.

El infeliz se habia quedado solo.

Su mujer se habia fugado con un nuevo amante, robándole su dinero ahorrado en tantos años, los dos mil doblones que habia contenido el cofre de hierro que habia traído de Navalcarnero Francisco Martinez Montaña, donde habia hallado las pruebas de su nacimiento don Juan Tellez Giron, que este le habia cedido generosamente, y los dos mil ducados que le habia legado Dorotea, como precio horrible de su envenenamiento.

Flaco, desnudo, hambriento, acurrucado en la puerta de las cocinas, comiendo de la caridad de los que en otro tiempo habian sido sus oficiales, fué necesario que informado el duque de Osuna de su miseria, le señalase una pension decente, le diese aposento cómodo en uno de sus palacios de Madrid, y destinase una persona á su servicio que solo tenia esta obligacion, y la no muy pesada de cuidar de otro personaje de quien no hemos vuelto á ocuparnos desde el primer capítulo de este libro: de *Cascabel*, del pobre caballo viejo y cojo, sobre el cual habia entrado el señor Juan Montaña en Madrid.

Asi pasaron algunos años.

El ex-cocinero, hablando siempre de Dorotea, y viéndola siempre pero sin nombrar jamás la palabra envenenamiento.

Cascabel, rumiando su pienso cernido en un rincon de las caballerizas del duque de Osuna.

Un dia encontraron á Cascabel muerto.

Pocos dias despues, al entrar por la mañana en el aposento de Francisco Montaña el hombre que le asistia, le encontró sentado sobre la cama, mirando con estrañeza cuanto le rodeaba.

—¿Dónde estoy! dijo: ¡y mi mujer! ¡dónde está mi mujer! ¡dónde está mi hija! ¡y tan tarde, y sin haber acudido á las cocinas!

El asistente le creyó mas loco que nunca.

Y sin embargo, Montaña habia recobrado la razon, pero para morir.

Cuando le dijeron como habia vivido seis años, que su mujer le habia robado y abandonado; que su hija habia desaparecido con el paje Crístóval Cuero; que vivia de la caridad del duque de Osuna, Montaña fué lentamente desplomándose; cuando, por último, le contaron que nombra-
ba continuamente á Dorotea, un grito horroroso, un rugido terrible salió del pecho del desdichado, y cayó sobre el lecho acometido de un vértigo mortal.

Llamóse al padre Aliaga, que no se separó de él, y tanto se esforzaron que le creyeron salvado.

Habia dejado el lecho.

Pero el mismo día en que le dejó, en que salió á la calle, le esperaron en vano.

Llegó la noche y tampoco vino.

Al día siguiente se supo que le habian hallado muerto sobre la sepultura de Dorotea.

Aquella sepultura no tenia losa ni nombre.

Montiño no habia preguntado á nadie por el lugar de la sepultura de Dorotea.

¿Quién le habia llevado á morir sobre la tumba de su víctima?

¿Quién sabe? una casualidad tal vez.

Tal vez la mano de Dios.

Madrid, 1.º de mayo de 1858.

FIN DEL COCINERO DE SU Magestad.

INDICE.

CAPS.	PAGS.
I. De lo que aconteció á un sobrino por no encontrar á tiempo á su tío.	5
II. Interioridades reales.	25
III. En que se demuestra lo perjudiciales que son los lugares oscuros en los palacios reales.	51
IV. Enredo sobre maraña.	59
V. ¡Sin dinero y sin camisas!	69
VI. Por qué el tío daba de comer de aquella manera al sobrino.	79
VII. Los negocios del cocinero del rey.—De cómo la condesa de Lemos habia acertado hasta cierto punto al calumniar á la reina.	89
VIII. De cómo al señor Francisco le pareció su sobrino un gigante.	99
IX. Lo que hablaron Lerma y Quevedo.	109
X. De cómo don Francisco de Quevedo encontró en una nueva aventura, el hilo de un enredo endiablado.	127
XI. En que se sabe quién era la dama misteriosa.	137
XII. Lo que hablaron la reina y su menina favorita.	149
XIII. El rey y la reina.	163
XIV. Del encuentro que tuvo en el alcázar don Francisco de Quevedo, y de lo que averiguó por este encuentro acerca de las cosas de palacio, con otros particulares.	171

CAPS.	INDICE.	PAGS.
XV.	De lo que vieron y oyeron desde su acechadero Quevedo y el bufon del rey.	187
XVI.	El confesor del rey.	201
—	En que empieza el segundo acto de nuestro drama.	249
XVII.	De cómo entre unos y otros no dejaron parar en toda la mañana al cocinero de su magestad.	253
XVIII.	El tío Manolillo.	265
XIX.	De cómo el tío Manolillo hizo que doña Clara Soldevilla pensase mucho y acabase por tener celos.	273
XX.	En que continúan los trabajos del cocinero mayor.	284
XXI.	De cómo en tiempo de Felipe III se conspiraba hasta en los conventos de monjas.	287
XXII.	En la hostería del Ciervo Azul, y luego en la calle.	307
XXIII.	De lo que quiso hacer el cocinero de su magestad, de lo que no hizo, y de lo que hizo al fin.	327
XXIV.	De cómo los sucesos se iban enredando hasta el punto de aturdir al inquisidor general.	339
XXV.	De lo que oyó el tío Manolillo, sin que pudiera evitarlo el confesor del rey.	363
XXVI.	En que se vé que el cocinero mayor no habia acabado aun su faena en aquel día.	369
XXVII.	De los conocimientos que hizo Juan Montaña, acompañando á la Dorotea.	379
XXVIII.	De cómo Juan Montaña, con mucho susto de la Dorotea, se dió á conocer entre los cómicos.	395
XXIX.	De cómo hizo sus pruebas de valiente por ante la gente brava, Juan Montaña.	403
XXX.	De cómo engañó á Dorotea, para llevarla á palacio el tío Manolillo.	411
XXXI.	Continúan los antecedentes.	417
XXXII.	El suplicio de Tántalo.	433
XXXIII.	En que se explicará algo de lo oscuro del capítulo anterior, y se verá cómo doña Clara encontró un pretesto para favorecer el amor de Juan Montaña, á pesar de todos los pesares.	449
XXXIV.	De cómo Quevedo sin decir nada al rey le hizo creer que le habia dicho mucho.	455
XXXV.	De cómo el padre Aliaga puso de nuevo su corazón y su virtud á prueba.	463
XXXVI.	De cómo el diablo iba enredando cada vez mas los sucesos.	473
XXXVII.	De lo que vió y de lo que no vió el tío Manolillo, siguiendo á los que seguian al cocinero mayor.	477
XXXVIII.	De cómo Quevedo conoció prácticamente la verdad del refrán: el que espera desespera.	487

CAPS.	INDICE.	PAGS.
XXXIX.	De cómo el noble bastardo se creyó presa de un sueño.	495
XL.	De cómo Quevedo se quedó á su vez sin entender al rey.	501
XLI.	De cómo don Juan Tellez Giron se encontró mas vivo que nunca cuando mas pensaba en morir.	507
XLII.	Continúan los trabajos del cocinero mayor.	519
XLIII.	Lo que se puede hacer en dos horas con mucho dinero.	531
XLIV.	En que el autor presenta, porque no ha podido presentarle antes, un nuevo personaje.	539
XLV.	De cómo la Providencia empezaba á castigar á los bribones.	549
XLVI.	De lo perjudicial que puede ser la etiqueta de palacio en algunas ocasiones.	555
XLVII.	De cómo muchas veces los hombres no reparan en el crimen aunque sus vestigios sean patentes.	561
XLVIII.	De cómo la duquesa de Gandía tuvo un susto mucho mayor del que le habian dado los miedos de San Anton.	565
XLIX.	De cómo don Francisco de Quevedo quiso dar punto á uno de sus asuntos.	575
L.	En que encontramos de nuevo al héroe de nuestro cuento.	581
LI.	De cómo empezó á ser otro el cocinero mayor.	589
LII.	En que se deja ver en claro el bufon del rey.	593
LIII.	Cómo saben mentir las mujeres.	607
LIV.	Quevedo visto por uno de sus lados.	619
LV.	En que el autor retrocede para contar lo que no ha contado antes.	631
LVI.	Amor de madre.	669
LVII.	Las audiencias particulares del duque de Lerma.	681
LVIII.	De cómo Dorotea era mas para con el duque, que el duque para con el rey.	699
LIX.	Lo que hace por su amor una mujer.	707
LX.	De cómo le salió á Quevedo al revés de lo que pensaba.	713
LXI.	De cómo el duque de Lerma se encontró mas desorientado que nunca.	721
LXII.	De cómo el duque de Lerma vió al bufon de su magestad entenderse, crear, tocar las nubes, etc.	729
LXIII.	De cómo Quevedo buscó en vano la causa de su prision, y de cómo cuando se lo dijeron se creyó mas preso que nunca.	743
LXIV.	De cómo el tio Manolillo no habia dado su obra por concluida.	749
LXV.	El padre y el hijo.	765
LXVI.	De cómo el licenciado Sarmiento hizo bueno una vez mas el proverbio que dice: que no es tan fiero el leon como le pintan, y de cómo todas las pulgas se van al perro flaco.	775

INDICE.

CAPS.		PAGS.
LXVII.	De cómo se agravó la demencia del cocinero mayor, y acabó por creerse asesino del sargento mayor.	784
LXVIII.	En que continúan las desventuras del cocinero mayor, y se ve que la fatalidad le habia tomado por su instrumento.	785
LXIX.	En que se ennegrece gravemente el carácter del tio Manolillo.	795
LXX.	De cómo Quevedo dejó de ser preso por la justicia, para ser preso por el amor.	804
LXXI.	De cómo el duque de Lerma encontró á tiempo un amigo.	813
LXXII.	En que el duque de Lerma continúa representando su papel de esclavo.	824
LXXIII.	Lo que hizo Dorotea por don Juan.	825
LXXIV.	El sol tras la tormenta.	839
LXXV.	De cómo el cocinero mayor conoció con despecho que no se habian acabado para él las angustias.	847
LXXVI.	En que se ennegrece á su vez el carácter de Dorotea.	855
LXXVII.	En que se siguen relatando los estupendos acontecimientos de esta verídica historia.	859
LXXVIII.	Del medio extraño de que se valió Quevedo para soltarse de la prision en que le habia puesto el amor de la condesa de Lemos.	867
—	De cómo el interés ageno influyó en la situacion de Quevedo.	879
LXXIX.	De cómo Quevedo se asusta mas de saber que don Juan está en libertad, que si hubiera sabido que estaba preso.	885
LXXX.	En que el tio Manolillo sigue sirviendo de una negra manera á Dorotea.	894
LXXXI.	En que se ve que el Bufon y Dorotea habian acabado de perder el juicio.	897
LXXXII.	En lo que vinieron á parar los amores de Dorotea y de don Juan.	905
LXXXIII.	El autor declara que ha concluido, y ata algunos cabos para que no queden sueltos.	924

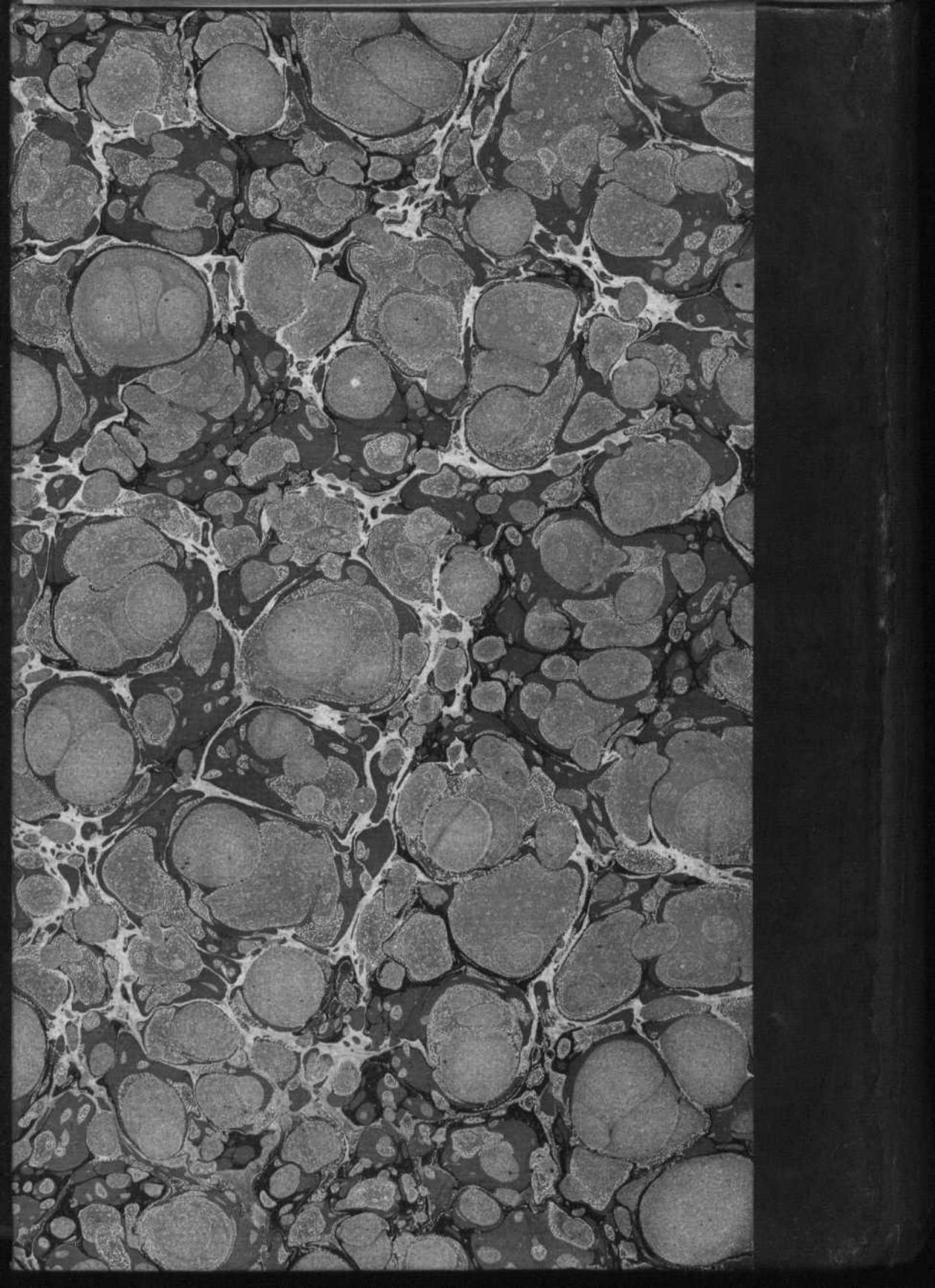
PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

	PÁGS.
Desesperábase el ginete con la lenta marcha.	6
—¡ Ah, doña Catalina!—¡ Ah, don Francisco!	54
El cocinero de su magestad.	70
El duque de Lerma.	110
Sí: vos sois el hermoso sol que me deslumbró.	145
La reina doña Margarita de Austria.	164
¿Y qué es eso?	186
Quevedo.	234
...yo, ministro de Dios te absuelvo de esa muerte.	271
Permanecia, pues, acurrucado en su silla.	328
El padre Aliaga.	367
...cayó, como lanzado por una máquina.	397
Felipe III.	444
Doña Clara Soldevilla.	497
...¡ para mí! ¡ para mí!	537
El conde de Olivares.	570
Don Juan Giron.	609
—¡ Bravo recibimiento me haceis! dijo el duque.	658
Le arrastró hácia el postigo y le sacó fuera.	778
...arrancó la daga al jóven, y le quitó la espada.	917

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS

Numero	Descripcion
1	...
2	...
3	...
4	...
5	...
6	...
7	...
8	...
9	...
10	...
11	...
12	...
13	...
14	...
15	...
16	...
17	...
18	...
19	...
20	...
21	...
22	...
23	...
24	...
25	...
26	...
27	...
28	...
29	...
30	...
31	...
32	...
33	...
34	...
35	...
36	...
37	...
38	...
39	...
40	...
41	...
42	...
43	...
44	...
45	...
46	...
47	...
48	...
49	...
50	...





EL COCINERO
DE SU MAGESTAD.

G 33024